

AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



9

2007

AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



CONSEJO DE REDACCIÓN - EDITORIAL COMMITTEE - CONSEIL DE LECTURE

En orden alfabético - In alphabetical order - Par ordre alphabétique

Prof. Dr. Gonzalo BRAVO (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Antonio CABALLOS (Universidad de Sevilla) — Prof. Dr. José Joaquín CAEROLS PÉREZ (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. José d'ENCARNAÇÃO (Universidade de Coimbra) — Prof. Dr. Joaquín GÓMEZ-PANTOJA (Universidad de Alcalá) — Prof. Dr. Cristóbal GONZÁLEZ ROMÁN (Universidad de Granada) — Prof. Dr. Enrique GOZALBES CRAVIOTO (Universidad de Castilla-La Mancha; Cuenca) — Prof. Dr. Christine HAMDOUNE (Université de Montpellier) — Prof. Dr. Yann LE BOHEC (Paris, Sorbonne IV) — Prof. Dr. Patrick LE ROUX (Université Paris XIII) — Prof. Dr. Jerzy LINDERSKI (Dept. of Classics, University of North Carolina, Chapel Hill) — Prof. Dr. Julio MANGAS (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Ángel MORILLO (Universidad de León) — Prof. Dr. José Manuel ROLDÁN (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Narciso SANTOS YANGUAS (Universidad de Oviedo)

CONSULTORES DE ARQUEOLOGÍA MILITAR:

Prof. Dr. Cesáreo PÉREZ (Universidad SEK, Segovia) — Prof. Emilio ILLARREGUI (Universidad SEK, Segovia)

CONSULTOR DE ARMAMENTO:

Prof. Dr. Fernando QUESADA (Universidad Autónoma de Madrid)

CONSULTOR DE ARTE MILITAR ANTIGUO:

Prof. Dr. J. Jacobo STORCH (Universidad Complutense de Madrid)

DIRIGE: Prof. Dr. Sabino PEREA YÉBENES (Universidad de Murcia)



© SIGNIFER LIBROS
Apdo. 52005 - MADRID (ESPAÑA - SPAIN)
ISSN: 1578-1518
Dep.Legal: BA-360-01 (nºs 1-6) / S-1646-06 (nºs 7 ss.)

signiferlibros@jazzfree.com
sperea@um.es
<http://signiferlibros.com>
<http://aquila-legionis.com>

Madrid (España - Spain - Espagne)

AQVILA LEGIONIS

9

2007

ARTÍCULOS :

- David ÁLVAREZ JIMÉNEZ :
Neptunus Redux. Póstumo y el combate contra la piratería franca
en el amanecer del Imperio Gálico 7 - 35
- Liborio HERNÁNDEZ GUERRA:
Veterani et milites alieni in Hispania 37-76
- Agustín JIMÉNEZ DE FURUNDARENA :
Historia y prosopografía de la *cohors I Gallica equitata civium*
Romanorum 77-107
- Narciso SANTOS YANGUAS:
Ejército romano y religiosidad en territorio de los astures durante
el Alto Imperio. 109-130

HISTORIOGRAFÍA :

- Ronald SYME : *Bellum Iugurthinum* 131-166

CRÍTICA DE LIBROS - REVIEWS :

- AMELA VALVERDE, L.: *El toro contra la loba. La guerra de los Aliados (91- 87 a. C.)* (A. Quevedo Sánchez) (pp. 167-170) — BARBERO, A.: *El día de los bárbaros. La batalla de Adrianópolis, 9 de agosto de 378* (A. Quevedo Sánchez) (pp. 170-173). — CHIARUCCI, P.: *Settimio Severo e la Legione Seconda Partica*. (M. Borreguero García) (pp. 174-175) — CHRIST, K.: *Sila*. (J. Heras Hernández) (pp. 176-180) — PEREA YÉBENES, S.: *Águilas de Plata. Lecturas sobre ejército romano y religión* (J. Barros Carvalho) (pp. 180-182) — SANTOS YANGUAS, N.: *Ejército romano, administración y vida civil en territorio de los astures* (S. Perea Yébenes) (pp. 183-187) — TRAVERSO, M.: *Esercito romano e società italica in età imperiale (I). I documenti epigrafici* (R. González Salinero) (pp. 187-189).

- INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA 190-198

Bellum Iugurthinum *

Ronald Syme

(1903-1989)



LA ACCIÓN MILITAR

Esta segunda obra histórica de Salustio está estrechamente relacionada con la precedente dedicada a Catilina, el romano patricio revolucionario, que es aparentemente el centro de la monografía que lleva su nombre. Digo “aparentemente” porque la intención de Salustio es hacer un análisis de toda la sociedad post-silana, con duras referencias al presente, es decir, a la renovada guerra civil, a las proscripciones y al despotismo. De manera análoga, la segunda monografía aparece construida en torno al carácter y a las vicisitudes de un solo personaje, el príncipe de Numidia, Yugurta, enérgico, criminal-

* El texto presentado aquí en español corresponde a los capítulos X (La acción militar) y XI (La acción política) del libro de R. Syme, *Sallustius* publicado por la University of California Press, Berkeley and Los Angeles, California, del que hay traducción italiana de Sandro Galli, publicada en Brescia 1968 por la editorial Paideia. Ambas han sido tenidas presentes por la traductora, Laura Tomás Navarro.

mente ambicioso, y que al final acaba en la miseria. Su figura está muy realzada por el autor. Pero una vez más las apariencias engañan: el *Bellum Iugurthinum* no es una biografía en sentido estricto; es la narración de una guerra externa que se incluye en el contexto de la política romana, con enormes repercusiones. De hecho, puede ser definida como un prólogo al *Bellum Italicum*, a la guerra civil entre Mario y Sila, y a la dictadura de este último, al que el autor también pone en evidencia.

Ante todo, Salustio afirma, ya en proemio, su derecho a escribir historia en lugar de describir la acción política. Después anuncia su tema explicando cómo y por qué le interesa. “Me propongo narrar la guerra que el pueblo romano sostiene contra Yugurta, rey de los númidas; sobre todo porque fue una guerra notable, combatida con valor y con la duda de obtener la victoria; en segundo lugar, porque disteis el primer golpe sensible a la arrogante a la soberbia de la *nobilitas*” (5, 1). La declaración de Salustio no indica —como es fácil observar— el significado de la guerra de Numidia; el autor prefiere descubrir el segundo aspecto, subrayando las animosidades suscitadas por ellas y las discordias que le siguieron, cuyo éxito fue éste: *bellum atque vastitas Italiae*¹.

La guerra de Numidia tuvo sus orígenes en las relaciones entre el gobierno romano y una dinastía local. Esto se quedaba a nivel de clientelismo más que un verdadero tratado, que se complicaba a causa de las uniones entre dicha dinastía y ciertas familias de la clase política de Roma².

Escipión el Africano había hecho de Masinisa un aliado; y el vínculo se había reforzado, haciéndose permanente cuando Escipión Emiliano, al organizar los intereses de África después de la muerte de Masinisa (durante la tercera guerra púnica), asignó a su hijo Micipsa el encargo de regir la mayor parte de Numidia. Micipsa envió regularmente sus tropas a la Península Ibérica, a ayudar a Emiliano en el asedio de Numancia. Estas tropas estaban conducidas por un tal Yugurta, hijo de Mastanábal (hijo ilegítimo de Masinisa). Yugurta se distinguió durante el asedio, y se ganó muchas amistades: Escipión Emiliano lo recomendó a Micipsa, que terminó por adoptarlo y ponerlo en el mismo plano que a sus propios hijos, Aderbal y Iempsal. A la muerte de Micipsa (ocurrída probablemente en el 118), nació entre los príncipes un inmediato y abierto desacuerdo. Iempsal fue asesinado; Aderbal, desaparecido en batalla, escapó a Roma a quejarse de su primo. El Senado, después de algunas discusiones, envió una comisión de diez personas con la misión de dividir el reino en dos partes: una para Yugurta, otra para Aderbal (117 ó 116).

¹ *Iug. 5, 2: quae contentio divina et humana cuncta permiscuit eoque vecordiae processit ut studiis civilibus bellum atque vastitas Italiae finem faceret.*

² Cfr. E. Badian, *Foreign Clientelae (264-70 a. C.)*, (1958), I, 92 ss.; D. Timpe, *Hermes* XC (1962), 334 ss.

La lucha se recrudeció nuevamente, y Yugurta, conquistada la supremacía en el plano bélico, encerró en un asedio a Aderbal en Cirta. Los romanos enviaron otra legación para buscar la paz; y más tarde una tercera, sin ningún éxito. Cirta cayó y Aderbal fue asesinado (112).

No era todo; con él fueron asesinados en Cirta algunos comerciantes romanos e itálicos. De aquí la indignación del pueblo romano, hábilmente explotada por uno de los tribunos designados para el año siguiente (111), G. Memmio, orador de gran eficacia y tenaz adversario del gobierno oligárquico (27,2). En consecuencia, el Senado se vio obligado a adoptar medidas enérgicas: una expedición a Numidia, que se le adjudicó a L. Calpurnio Bestia (*cos.* en el 111) y el alistamiento de un ejército destinado a tal empresa (27,4).

La guerra en Numidia tiene oficialmente su inicio a partir de este momento, y no terminará hasta la captura de Yugurta en 105. Las operaciones se desarrollaron en tres fases, claras y distintas. La primera está caracterizada por la indecisión, por el compromiso, y por la incompetencia criminal. El cónsul Calpurnio Bestia invade Numidia, con el despliegue de fuerzas romanas; y concluye con el armisticio establecido con Yugurta. El tratado de paz es rechazado y la guerra se reemprende, bajo la dirección de Sp. Postumio Albino, cónsul en 110; pero dista de ser vigorosa; y cuando Albino vuelve por causa de las elecciones, su hermano Aulo, que había quedado al mando del ejército, se abandona a correrías imprudentes y termina por llevar a su ejército a la derrota.

Segunda fase: Quinto Cecilio Metelo (*cos.* en 109) comienza una guerra enérgica pero sin una verdadera decisión; hasta el punto de que, tras dos campañas, Yugurta se mantiene lejos y consigue convencer a Bocco, señor de Mauritania, para que acudiera en su ayuda. La tercera fase (del 107 al 105) lleva finalmente a la victoria bajo el mando de G. Mario, un *homo novus*, cónsul en 107.

En grandes líneas, la monografía está distribuida según las tres fases de la guerra de Numidia; pero Salustio afronta el tema además bajo el aspecto político, de modo que las dos perspectivas, desde el principio, se cruzan y se quedan íntimamente unidas. Diversos expedientes subrayan las pausas, los pasajes y los puntos de mayor interés, mientras se insertan digresiones y discordias de notable eficacia narrativa. Por lo tanto, la historia numídica, hasta el episodio del reparto del reino entre Yugurta y Aderbal (5-16), desemboca naturalmente en una digresión de carácter geográfico y étnico en África (17-19). Después, el autor retoma la narración de los hechos hasta la caída de Cirta (20-26): después de que se tomó la decisión de pasar a la acción, y el cónsul Calpurnio Bestia se encargó de conducir las operaciones (27,4 s.),

la guerra empieza³. En su primera fase (bajo Calpurnio Bestia y los dos *Postumii Albini*) le sigue de inmediato la segunda, acentuada por digresión histórica sobre la vida política romana (41 s.), que tiene una importancia capital, por sus significado, incluso sin ser colocada, como su capítulo equivalente en el *Bellum Catilinae*, en la mitad exacta de la monografía.

El *Bellum Iugurthinum* (es justo repetirlo) se desarrolla en dos direcciones: una contra Yugurta y otra contra la *nobilitas*. Esta segunda se despliega en tres significativos episodios. El primero, después de la caída de Cirta, está representado por la intervención de G. Memmio, en aquel momento el tribuno designado (27, 2); lo refuerza el discurso que pronuncia tras las cláusulas de la paz estipulada por Calpurnio Bestia (31). El segundo es la propuesta de ley del tribuno G. Mamilio Limetano en 109, de crear una comisión que indague sobre varios manejos y embrollos de la campaña numídica (40), dando lugar a un *excursus* sobre partidos políticos (41 s.). El tercer episodio es la candidatura de Mario en 108, con relativo éxito en las elecciones (73,4-7). Para resaltar este acontecimiento, el autor vuelve a hacer, sin verdadera necesidad, un largo discurso que el nuevo cónsul pronuncia a favor de quien es merecedor sin las ventajas de tener un origen noble (85).

Salustio construye sabiamente la historia. Sabe escribir *structe*, como juzgó uno de los antiguos críticos literarios⁴. Los medios a los que recurre en la construcción de esta monografía han sido justamente apreciados por poseer una técnica analítica compleja. La indagación filológica sobre esta obra no ha sido nunca descuidada; más aún, introduce siempre más discusiones, exámenes particulares, elaboradas subdivisiones y correspondencias⁵. En relación al espacio ocupado y al esfuerzo empleado para esta búsqueda, uno está tentado de preguntarse cuánto provecho se le ha sacado, especialmente si

³ Algunos estudiosos, discutiendo la estructura de la monografía, prefieren colocar el inicio de la guerra de Numidia después del *excursus* en África, haciéndolo coincidir con la agresión de Yugurta y Aderbal (20 ss.). Esto no tiene mucha importancia.

⁴ Frontón, p. 114 N= 11, 48 (Haines).

⁵ K. Latte, *Neue Wege zur Antike* II, 4 (1935), 33 s.; K. Büchner, *Hermes*, Einzelschriften 9 (1953); K. Vretska, *Wiener S.B* CXXXIX, 4 (1959); A. D. Leeman, *Med. Der Kon. Ned. Ak. Van Weenschappen* XX, 8 (1957), 200 ss. Busca el punto de vista moral de Büchner y Vretska, ver la crítica de Leeman, *o. c.* 230. Otras sobre Büchner ver también G. W. Williams, *JRS* WLIV (1954), 108 s.; E. Paratore, *Maia* VII (1955), 69 ss.; A. La Penna, *Ann. della Scuola Normale Superiore di Pisa* XXVIII (1959), 53 ss. Para una toma de posición contra quienes dividen artificiosamente la monografía en "Szenen und Akten", ver H. Drexler, *Gnomon* XXXIII (1961), 573. W. Steidle afirma que Salustio estaba completamente condicionado por su mismo tema histórico: cfr. *Historia*, Einzelschriften 3 (1958), 33 ss. Comentarios de estas afirmaciones de Steidle, ver G. W. Williams, *Gnomon* XXXII (1960), 509 ss.; A. La Penna, *o. c.*, 54 s. Se podrá consultar también D.C. Earl, *The Political Thought of Sallust* (1961), 60 ss. (Sobre la estructura del *Bellum Iugurthinum*, v., por último, F. Giaccotti, *Athenaeum* XLVI (1968), 1 ss.).

el esmero y la integridad del historiador se descuidan o son llevadas a un segundo plano.

El *Bellum Iugurthinum* presenta muchos problemas. Desde el momento que la guerra ocupa el mayor espacio, la primera cuestión ayener en cuenta es el oficio del narrador, que se ocupa del lugar y de encadenar los acontecimientos. Una datación precisa, a través del nombre de los cónsules, habría podido ofrecer un trazo seguro, una alternancia coherente de las estaciones de verano e invierno (método que habría utilizado cualquier escritor deseoso de emular a Tucídides). Pero Salustio rechaza el esquema analítico: en efecto, su obra carece de este tipo de cronología, siendo criticado duramente por su modo de proceder. Para él no tienen importancia –se dice– los años y los intervalos de tiempo.

Sus omisiones no siempre son evidentes ni dañinas. Las operaciones bélicas de la primera fase pueden ser puestas aparte, salvo que haya un error en la precisión del tiempo. Aulo, hermano del cónsul Sp. Postumio Albino, emprende su desafortunada expedición en invierno (el invierno del 110-109: *mense Ianuario* [37,3]). Pero, casi al final, el escritor nombra a Metelo y al colega de éste como *consules designati* para el año 109 (43,1). Esto significa que el año 109 no había comenzado todavía; es una evidente contradicción. Salustio la comete sin pensarlo: de hecho, la única indicación cronológica precisa (no hay otra en todo lo que se ha contado de la guerra hasta este punto de la narración) es errónea, pero no está claro que la manipule en favor de otro argumento. Incluso tampoco está totalmente claro que Salustio se haya equivocado también en este caso. Afirma que los tribunos bloquearon las elecciones durante todo el transcurso del año⁶; da señal de ello a continuación⁷. Por tanto, un breve espacio de tiempo puede transcurrir desde primeros de enero hasta el día en el que los cónsules del 109 asumieron el cargo⁸.

⁶ 37, 2 s.: *quae dissensio totius anni comitia impediēbat. Ea mora in spem adductus Aulus... mittes mense Ianuario ex hibernis in expeditionem evocat.*

⁷ 44, 3: *aestivorum tempus comitorum mora inminuerat* (en relación a las primeras actividades de Metelo en África).

⁸ La imprecisión de Salustio consistiría en haber nombrado a Metelo y Silano como *consules designati* (43,1), ya que, seguramente, no debieron de tomar el cargo apenas elegidos. Ésta es la explicación de St. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* VII (1930), 174 s. y A. H. J. Greenidge, que proponen tomar *consules designati* en el sentido, no técnico, de "cónsules elegidos" (*A History of Rome* I [1904], 380). Para un estudio largo y laborioso sobre este punto, consultar H. Chantraine, *Untersuchungen sur römischen Geschichte am Ende des 2. Jahrhunderts v. Chr.* (1959), 50-62. Siguiendo a H. Wirz (*Festschr. Zürich* [1887], 8 ss.) y otros, propone considerar la frase *mense Ianuario* como interpolada. Este hecho puede datar la expedición de A. Postumio, en noviembre del año 110. Así piensa también, aunque sin solucionar el problema, H. M. Last, en *CAH* IX (1932), 121: "probablemente en otoño".

Las contradicciones cronológicas relativas a la expedición de Aulo Postumio Albino no inciden sobre ningún argumento militar o político que sea objeto de seria discusión. En cambio, las campañas de Metelo y de Mario (del 109 al 105) revelan algunos problemas. El autor nos da noticias de los campamentos de invierno al final de la primera campaña de Metelo (61, 2), pero no las da sobre la segunda, antes de que fuera sustituido por Mario, cónsul en 107. La omisión, es verdad, no provoca grandes dificultades; el verdadero problema se encuentra, en cambio, a propósito de las operaciones bélicas de Mario: no está indicada ninguna solución de continuidad entre el 107 y el 106.

Mucho (quizás demasiado), se ha discutido sobre los datos de las campañas de Metelo y de Mario. A raíz de estas discusiones (la búsqueda científica a veces ignora o pasa por alto las indicaciones claras del texto salustiano), se tiende a reconstruir, en manera más o menos plausible, el cuadro de todos los acontecimientos⁹.

En primer lugar, las campañas de Q. Cecilio Metelo. Cónsul en 109, cuando desembarcó en África, tuvo que reorganizar el ejército, dejado en penosas condiciones por dos Postumios. El cónsul invadió Numidia y ocupó Vaga (47, 1 s.). Marchando hacia el sudoeste, fue obligado a entrar en una batalla que, después de algunas vicisitudes, terminó a favor de los romanos (48-53). El lugar estaba cerca del río Muthul, afluente del Bagradas, según parece (aunque Salustio no cita jamás el nombre del río Bagradas): de todas formas, no muy al norte de Sicca, ciudad que cae entonces en poder de los romanos (56, 3)¹⁰. Después de la batalla, Metelo penetró en la zona más rica de Numidia, haciendo derribar y quemar toda ciudad. El episodio final de esta campaña fue una tentativa inútil de tomar Zama, con una encarnizada batalla en las cercanías (56-60). Entonces, Metelo se retira, yendo a pasar el invierno a la provincia romana de África (61, 2)¹¹. El Senado le prolonga el mando (62, 10). No hay ninguna duda sobre las últimas operaciones, que se pueden circunscribir a una pequeña zona de Numidia, hacia el noreste.

⁹ La cronología adoptada aquí para Metelo (109 y 108) y para Mario (107-105) depende del estudio del texto. En las líneas esenciales (ésta puede ser considerada una afortunada coincidencia) es igual a la establecida por M. Holroyd, *JRS* XVIII (1928), 20; St. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* VII (1930), 178 ss.; H. M. Last en *CAH* IX (1932), 122 ss.; J. Carcopino, *Histoire romaine* (1935), 305 ss. Sobre la cuestión ha incidido K. Vretska, *Gymnasium* LX (1953), 339 ss. Y con él también H. Chantraine, *o. c.*, 62, después de una larga y complicada doxología (32-50).

¹⁰ El Muthul ha sido generalmente identificado con el Oued Mellag; cfr. Gsell, *o. c.*, 190. Si fuera erróneo (de hecho se han propuesto otros ríos), significaría poca variación para la interpretación de Salustio.

¹¹ Probablemente a *Tisidium*: Metelo ordenó a Yugurta marchar para allá (62, 8).

Durante el invierno tuvo lugar la pérdida y la reconquista de Vaga (66 s.)¹². Luego Metelo intrigó con Bomílcar, uno de los jefes locales, pasando enseguida de nuevo a ataque (73, 1). Fue una batalla en la cual Yugurta es derrotado; después, se retiró a la estepa, refugiándose en Thala (donde fue custodiada la mayor parte de su tesoro): Salustio la describe como *oppidum magnum atque opulentum*, a cincuenta millas del río más cercano (75, 1 s.). Metelo se dirigió hacia Thala y la conquistó; pero Yugurta consiguió ponerlo en fuga, retirándose a la región de los gétulos. Desde ese momento hasta algún tiempo después convenció a Bocco, rey de Mauritania, para que interviniera en su ayuda. Los dos soberanos reaparecieron juntos, bien armados, en las cercanías de Cirta, que había caído en posesión de los romanos (81, 2) no se sabe bien cómo ni cuándo. Siguieron negociaciones, y las operaciones bélicas languidecieron¹³.

Entre tanto, Metelo había recibido información desde Roma: Mario no sólo había sido elegido cónsul, sino que había recibido el encargo de la guerra de Numidia (82, 2). Así termina la campaña del 108; y si es lícito creer a Salustio, parece evidente que ninguna acción militar de Metelo puede ser situada en 107, antes de la llegada del nuevo cónsul¹⁴.

Resumiendo: Salustio pone el fin a la primera campaña de Metelo con los campamentos de invierno (61, 2). Non da indicación alguna de la segunda campaña; todavía hay un detalle que se pasa por alto: la digresión sobre Lepcis (78 s.), aparentemente justificada por la llegada de los enviados de esta ciudad para parlamentar con el general romano (77, 1). Las digresiones se insertan en razón del contexto, con distintos tipos de historias elaboradas, por motivos diversos: no por una simple clarificación (los *excursus* demasiado largos no eran necesarios), sino como elementos de variedad, para señalar una pausa o

¹² Se ha dicho expresamente que era invierno (68, 2). Los conspiradores de Vaga fijaron el día: *in diem tertium constituunt, quod is festus celebratusque per omnem africanam ludum et lasciviam magis quam formidinem ostentabat* (66, 2). J. Carcopino con una feliz conjetura pensó que fuese *in diem Cererum*, esto es el 13 de diciembre (*Rev. hist.* CLVIII [1928], 1 ss. = *Aspects mystiques de la Rome paienne* [1941], 13 ss.).

¹³ 83, 3: *eo modo saepe ab utroque missis remissisque nuntiis tempus procedere, et ex Metelli voluntate bellum intactum trahi.*

¹⁴ La teoría de Mommsen, que fija las dos campañas militares no en 109 o 108, sino en el 108 y 107, tiende a ser de nuevo tomada en consideración, con resultados infelices. El examen de D. E. Bosselaar, *Quomodo Sallustius historiam belli Iugurthini conscripserit* (Diss. Utrecht, 1915). Bosselaar habla de tres campañas de Metelo: la primera terminada en 109 después de la batalla en Muthul; el invierno 61, 2, pertenece al 108-107; y la toma de Thala, al 107.

A. La Penna, en su estudio sobre la guerra como historia, descubre notables méritos en Bosselaar (*o. c.*, 47). Para la cronología se conforma con rechazar a Bosselaar y Büchner (243). Ahora, Büchner sigue a Bosselaar, pero no con la necesaria claridad (*o. c.*, 69; 92). Un examen detenido de la cronología provoca graves dudas. El autor que era "reexaminado" era M. Holroyd (*JRS* XVIII [1928], 1 ss.), como confiesa honestamente W. Steidle (*o. c.*, 80).

preparar un argumento posterior. La digresión a la que me he referido la coloca después de la toma de Thala: un episodio que corresponde probablemente al otoño de 108¹⁵. No se hacen más referencias a ninguna otra acción militar dirigida por Metelo, salvo las negociaciones con Bocco en las cercanías de Cirta (82 s.). Por tanto, los capítulos sobre Lepcis cubren la estación del invierno del 108 al 107.

Tras algunas operaciones preliminares, Mario se muestra dispuesto a derrotar a Yugurta en una batalla cerca de Cirta (88, 3). A continuación, toma un cierto número de ciudades y fortalezas (en una zona no especificada). Entonces concibió y proyectó una marcha muy larga, con la que pretendía superar la empresa de Metelo en Thala y sembrar el terror del ejército romano. La meta era Capsa, en una remota y desértica región infectada de serpientes (efectivamente, 130 millas al sur de Sicca); y partió de los alrededores de Lares (Lorbeus, entre Sicca y Zama). Cruzó el río Tanais (difícilmente identificable)¹⁶ y, por sorpresa, conquistó la ciudad y la destruyó (89-91).

La expedición de Capsa ocurrió a finales de verano: Salustio es explícito en subrayar esta circunstancia (90, 1). Corría el verano del 107. Continúa la historia diciendo que fueron tomadas también otras localidades (pero sin nombrarlas). Anuncia una nueva empresa de Mario (92, 4); sabemos que el ejército está atacando un fortín de Yugurta construido en una prominencia cercana al río Mulucca. Este río es descrito como límite divisorio entre los reinos de Yugurta y el del mauritano Bocco (92, 5). De hecho el río Mulucca (Moulouya) pasa muy al oeste, sobre Orán, y desemboca en el mar a sólo treinta millas de Melilla⁷. No existe un nombre o un signo que indique cómo Mario alcanzó esta remota región; no hay alusión alguna a campamentos de invierno entre el 107 y el 106. Quizá la campaña se desarrolló sin interrupciones, como ocurrió en otras guerras de África.

Con un afortunado golpe de mano el fortín cercano al Mulucca fue tomado, y con él Mario se apoderó del tesoro de Yugurta. Después volvió a retroceder y combatió en otras dos batallas hasta el final de la marcha. La segunda tuvo lugar en las cercanías de Cirta (101, 1). Alcanzada la ciudad, el ejército descansa en los campamentos de invierno (103, 1)¹⁸. Durante esta estación y en la primavera siguiente se desarrollaron las negociaciones con

¹⁵ M. Holroyd coloca la toma de Thala en la primavera del 108 (*o. c.*, 19), a causa de la lluvia (75, 9). Pero el otoño es el momento más adecuado para esta acción.

¹⁶ A menos que el Tanais sea el Oued el Derb, como piensa Gsell (*o. c.*, 233), siguiendo a Tissot.

¹⁷ Sobre el problema de Molucca tratamos un poco más adelante.

¹⁸ 100, 1: *dein Marius, uti coeperat, in hiberna it*; 102, 1: *consul haud dubie iam victor pervenit in oppidum Cirtam, quo initio profectus intenderat*; 103, 1: *exercitu in hibernaculis composito*. Si la “tradición liviana” es correcta, Cirta fue tomada por los romanos durante la ausencia de Mario (Orosio V, 15, 10; Dión XXVI, 89, 5a).

Bocco, siendo el resultado de éstas el dejarse persuadir a su aliado para que facilitara la acción diplomática con Sila, cuestor de Mario. En el año 105 se indica vagamente, *per idem tempus* (114, 1), una derrota de los romanos en la Galia (batalla de Arausio, el 6 de octubre de 105). La monografía termina con el recuerdo del triunfo de la campaña numídica, que Mario celebró el primer día de su segundo consulado. En aquella época, observa Salustio, todas las esperanzas y los recursos de Roma estaban concentrados en la persona de Mario (114, 4).

De este modo puede establecerse una razonable cronología de los años 109-105. Hasta aquí, todo bien, pero quedan otros problemas. El modo en el que Salustio trata las diferentes campañas es desigual y caprichoso. Algunos episodios son narrados extensamente, como la batalla cerca del Muthul, algunas operaciones que suceden en Vaga o la marcha de Mario a Capsa. Otros hechos, sin embargo, quedan inciertos, sin nombre. Esta actitud es, en parte, explicable por la naturaleza de las fuentes históricas, no siempre detalladas ni abundantes. O mejor aún, puede atribuirse al método de selección y de relevancia que el autor sigue.

Existen también serias omisiones. Metelo, durante el primer año de su mandato, actuó en una estrecha área de la Numidia nororiental, que puede ser definida como el triángulo Vaga-Sicca-Zama. Desde finales del segundo año sabemos que el general romano toma posesión de Cirta (81, 2). Se trata de un lugar con enormes ventajas militares, en una zona completamente alejada y de difícil acceso: Cirta se encuentra 150 millas al oeste de Sicca; de todas formas, el autor narra una larga y fatigosa marcha en la zona de Sicca o de Thala.

En lo que atañe al camino seguido por Mario después de la toma de Capsa para alcanzar el *castellum* situado en las cercanías del río Mulucca, tampoco Salustio da nombres de lugares. Se limita a decir que la segunda empresa era comparable a la primera, aunque no tan difícil (92, 4). Resulta extraño, si se tiene en cuenta la distancia que se debía recorrer. El Mulucca, que él describe aquí (92, 5) y en otros dos pasajes (19, 7; 110, 8) como límite divisorio entre Numidia y el reino de Bocco, se encuentra 500 millas al oeste de Cirta. Una expedición de este tipo merece ser señalada con renombre en los anales militares de cada época. La narración de Salustio con su correspondiente comentario, debería de causar interés, aunque algunos piensan que el historiador ha sido víctima de un error o confusión acerca de el nombre del río. ¿Se trataba quizá de otro que debía de tener el mismo nombre o parecido?, ¿o se trata de una frontera establecida más tarde?¹⁹. Bocco, como premio a su traición, recibió una parte de la Numidia occidental²⁰; a continuación la

¹⁹ Así piensa E. Cat, *Essai sur la province de Maurétanie Césarienne* (1891), 32.

²⁰ St. Gsell, *o. c.*, 264.

Mauretania se dividió en dos reinos, separados del río Mulucca²¹. Durante la campaña africana de César, Mauritania oriental era gobernada por un segundo Bocco que, junto a P. Sittio, invadió Numidia y conquistó Cirta²². Resultaría útil saber cuál era la frontera oriental de Mauritania en este período. Puede ser, por tanto, que en uno de los tres casos (92, 5), el Mulucca salustiano no sea el Moulouya que se sitúa mucho más al oeste²³.

Cirta (por lo que respecta a las operaciones de Metelo), y la expedición de Mario en el río Mulucca, son los episodios que más dañaron la credibilidad de Salustio como narrador de empresas militares. Además, hay numerosas insuficiencias en el plano de la cronología y de la geografía. Para justificarlas, y en algunos casos para disimularlas, se puede acudir a varios argumentos. Ante todo, el autor se ha servido de fuentes heterogéneas: de ahí el peligro de introducir episodios que se saliesen de su debido orden cronológico. Por ejemplo, la llegada del cuestor Sila —al que habían dejado en Italia para ponerlo al frente de un contingente de caballería auxiliar— al campamento de Mario, en los momentos en que éste estaba ocupado en el asedio del castillo situado en las cercanías del río Mulucca (95, 1): quizá demasiado tarde, ya que la caballería era necesaria *antes* de esta operación²⁴.

Otra circunstancia atenuante: la presencia conjunta de dos ámbitos de acción, Roma y Numidia, con el complicado problema de referirse a sus relaciones recíprocas. Además, la geografía del África septentrional no es de fácil demarcación porque faltan puntos claros de referencia. En cualquier caso, los historiadores romanos manifiestan toda repugnancia a infligir en sus lectores el suplicio de una plétora de nombres exóticos. Salustio es aún más conciso: se limita a especificar el nombre de tres ríos y de tres ciudades de la zona de Numidia que fue teatro de las marchas y de las batallas de Metelo y Mario²⁵.

Otra razón atenuante es la técnica general del escritor: rigurosa concentración en aquello que el mantiene como esencial para su tema; despiadada eliminación de los detalles marginales y de aquellas notas que habrían sido útiles para una comprensión más fácil de la obra. Para Salustio, el

²¹ Plinio, *N. H.* V, 19. Era la frontera entre las provincias romanas *Caesariensis* y *Tingitana*. Hay muchos puntos oscuros en los escritores de geografía. Para tratar bien algunos problemas en lo que respecta al Mulucca, consultar S. Weinstock, *R. E.* XIV, 2365 s.

²² *Bell. Afr.* 25, 2.

²³ A. Piganiol, *La conquête romaine* (1940), 274: “mais nous n’oserions pas dire avec Salluste qu’il vint jusqu’à la Mulucca (Moulouia)”.

²⁴ Algunos piensan que la fecha de la llegada de Sila es un deliberado artificio del autor. Para ello consultar K. Büchner, *o. c.*, 58 s.

²⁵ Tres ríos: Muthul, Tanais, Mulucca. Siete localidades: Vaga, Sicca, Zama, Cirta, Thala, Capsa, Lares.

destino final de Yugurta no tiene importancia, como tampoco la tiene la organización territorial que finalmente se hace de Numidia.

Desde el momento que el método del historiador es fruto del pleno conocimiento y voluntad (omisiones, síntesis, elaboración artística de los acontecimientos), existe la sospecha de que éste pretenda engañar al lector a conciencia.

Al contar las primeras experiencias de Yugurta, da una importancia decisiva a lo que hizo el ejército de Escipión en Numancia: afirma que sus amigos romanos alimentaban sus ambiciones diciendo que en Roma todo se podía obtener con dinero (8, 1). ¿Se trata de una pura y simple invención de Salustio? Puede decirse que él no fue el primero de los escritores que estableció lazos entre Yugurta y el ambiente romano de Numancia: efectivamente, en aquella guerra había participado un analista, Sempronio Aselión²⁶. Salustio coloca la adopción de Yugurta por parte de Micipsa en el momento inmediatamente sucesivo a su estancia numantina (9, 3). Se trata, quizá, de una imprecisión más que de un artificio; un poco más adelante, además, se dice que Yugurta fue adoptado tres años antes de la muerte de Micipsa (11, 6).

Otra circunstancia también significativa: Salustio renuncia a hablar del invierno transcurrido entre las operaciones militares del 107 y del 106. La omisión es deliberada, según algunos, para atribuir a Mario la gloria de haber completado diversas empresas en una sola estación²⁷.

Pero esta interpretación puede ser rechazada de plano. Quienes se tomaron la libertad de hacer críticas a Salustio no están libres de sospechas. Así, la teoría formulada en su tiempo, según la cual las campañas de Metelo no deberían haber sido asignadas al año 109 y al 108, sino al 108 y 107, ha gozado de un éxito científicamente injusto²⁸. Un estudioso coloca el río Mulucca a casi trescientos kilómetros de Capsa, otro a más de doscientas millas de Cirta²⁹. En realidad lo esencial de la obra está representado por un breve relato en el que se habla de la expedición invernal en Capsa (invierno del 107-106), seguida por una marcha hacia el Mulucca: y Mario habría

²⁶ Gelio II, 13, 3. Aselión es indicado como fuente por W. Steidle, *o. c.*, 52. Tampoco habría que perder de vista al ex censor Rutilio Rufo.

²⁷ W. A. Baehrens, *Neue Wege zur Antike* IV (1926), 81: "Mit bewusster Fälschung".

²⁸ P. 165, con n. 14. A propósito de esta malograda cronología, consultar además M. Holroyd, que insiste sobre varias "omisiones y errores" no sólo en Mommsen sino también en la crítica de Pelma (*JRS* XVIII [1928], 19).

²⁹ Respectivamente W. A. Baehrens, *o. c.*, 80; D. E. Bosselaar, *o. c.*, 87. Ninguno de los dos estudiosos declara explícitamente que, para ellos, el Mulucca es un río diferente del que, para Salustio, señalaba la frontera del reino de Bocco.

iniciado, en aquel mismo invierno, el asedio de Cirta, que se rendiría en la primavera del 106³⁰.

No es necesario culpar a Salustio por el uso que hace del método indirecto. Al relatarnos los acontecimientos militares, no pretendía ofrecer una relación particular sobre la entidad de los ejércitos, sobre los intervalos precisos de tiempo, sobre itinerarios exactos seguidos en las operaciones: función ésta propia de los *commentarii*. Los historiadores son, por naturaleza, selectivos, dramáticos, impresionistas. Otro escritor seguirá, más tarde, deliberadamente, el método salustiano al hablar de las campañas de Agrícola en Escocia o de las empresas militares contra Tacfarinas llevadas a cabo por cuatro procónsules de África.

Salustio hace un cuadro de la guerra africana válido para todos los tiempos. Sabe evocar el desierto, la estepa, el territorio accidentado, los enemigos, el esfuerzo y la sed, la traición y el asesinato. En este campo los méritos de Salustio son evidentes y generalmente admitidos³¹. Falta preguntarnos si él consiguió ilustrar adecuadamente el carácter específico de esta guerra: causas, duración, y conclusión.

Se puede decir que Salustio hace un diagnóstico preciso, sobre el que apoya todo el relato, aunque sin fijar jamás en una única afirmación. Una vez que el ejército romano fue obligado a luchar en campo abierto y sufría un revés, no había lugar para el compromiso, ni complacencia para un Yugurta vasallo, castigado y arrepentido. Él querría haber llegado a esta solución: pero fue el primero en darse cuenta de que Roma no le habría perdonado jamás el insulto hecho a la *dignitas* de la República imperial; nunca habría cedido en su resentimiento y su rencor. Otros enemigos de Roma aprendieron, a su costa, esta lección³².

De ahí el por qué los generales romanos consagraron sus esfuerzos no tanto a la conquista del territorio como a la caza del hombre³³. Yugurta conseguía siempre huir de los asedios y a escabullirse después de las batallas. No había nada a lo que recurrir sino a la traición para capturarlo o asesinarlo. Metelo comenzó a experimentar este método, buscando herir los ánimos de los enviados de Yugurta, antes de descender a campo abierto (46, 4); lo intentó de nuevo después de la ocupación de Vaga (47, 4); y más tarde concertó un

³⁰ A. Piganiol, *o. c.*, 274. Cirta, a decir verdad, fue tomada por los romanos (Orosio V, 15, 10; Dión XXVI, 89, 5 a).

³¹ St. Gsell, *o. c.*, 129; 132; G. Boissier, *L'Afrique romaine* (1909), 21 s.

³² En una cuestión muy discutida, la decisión romana de declarar la guerra a Filipo V en el 200, no todos han visto que el motivo principal consistió en el resentimiento y en la afirmación de la *dignitas imperii*.

³³ Es la tesis convincente expuesta por M. Holroyd, *o. c.*, 1 ss.

elaborado plano con Bomílcar, que fue descubierto y condenado a muerte (70-72).

Estando así las cosas, es posible responder a una pregunta: ¿a quien se le debería de otorgar el mérito de la victoria en la guerra numídica? La tradición de los *optimates* exaltaba a Metelo como aquel que había roto el nervio de la resistencia yugurтина cuando, por razones de política interna, fue sustituido, muy injustamente, por Mario³⁴. Lo mismo se dirá unos cuantos años después, y por los mismos motivos, afirmando que Pompeyo había hecho suya la gloria que por derecho esperaba Lúculo, general del partido aristocrático durante la guerra contra Mitridates.

El relato de Salustio aporta el equilibrio, sin despreciar la obra de Metelo, que logró algunas victorias sobre el campo de batalla, pero no consiguió impedir que Yugurta estuviese alejado del teatro principal de operaciones. Éste consiguió un buen aliado, y no parecía cercano el final del conflicto. Mario, en cambio, emprende una acción más amplia, alcanzando a Yugurta, sin dejar lugar donde pudiera refugiarse, de modo que se vio obligado a apoyarse en Bocco, el cual, en el momento en que se dio cuenta de la fortaleza y tenacidad de la estrategia romana, mostró su debilidad frente a las intimidaciones. Fue Sila, cuestor de Mario, quien llevó a buen puerto esta labor diplomática, y a Sila le fue asignada la captura de Yugurta, aunque el mérito realmente le esperaba a Mario³⁵.

Salustio tenía experiencia militar y conocía Numidia, pues había sido gobernador de la provincia de *Africa Nova* creada por César. Rara ventaja para un historiador. Era de esperar, entonces, que su obra se beneficiase de manera visible y eminente.

Como gobernador, Salustio fijó su residencia en Zama, que había sido la capital del rey Juba³⁶. Se le puede creer entonces cuando dice que Zama está situada en una llanura y no es una localidad fortificada por su posición natural (57, 1). Pero no es cierto que hubiera visitado también Thala: la descripción que hace de ella (75, 2) no parece adaptarse al lugar que lleva este nombre y que se encuentra a 40 millas al norte de Theveste; así pues, muchos niegan que se trate de la misma ciudad, y buscan por todas partes la Thala de Salustio³⁷. En cuanto a Cirta, surgen extrañas equivocaciones. En la primera mención se dice que no está lejana del mar (21, 2). Sabemos que Yugurta, mientras que

³⁴ Esta idea fue expuesta por Livio: cfr. *Per.* LXV: *Q. Caecilius Metellus cos. duobus proeliis Iugurtham fudit totamque Numidiam vastavit*; Velleio II, 11, 2: *bellique paene patrati a Metelo qui bis Iugurtham acie fuderat*. También Floro, I, 36, 11 ss.; IV, 27, 2 s.

³⁵ M. Holroyd, *o. c.*, 18.

³⁶ Zama, i. e., *Zama Regia*; cfr. St. Gsell, *o. c.*, 197.

³⁷ St. Gsell, *o. c.*, 208 s. Véanse los sólidos argumentos de C. Courtois, *Recueil... Constantine* LXIX (1955-1956), 55 ss.

lanza contra el ejército de Aderbal, rodea la ciudad con una empalizada y un foso³⁸: esto resulta imposible, porque Cirta está sobre un promontorio, rodeada por cada lado de escarpados barrancos, salvo por la parte de un angosto istmo. En realidad, está claro que Salustio no había visto jamás Cirta, y en efecto, ésta no pertenecía a su provincia³⁹: César se la había asignado al general campano P. Sittio, para que la gobernase como un vasallo local.

Los historiadores romanos no siempre se preocupan de declarar o revelar las noticias geográficas que tienen a su disposición. En ellos tiende a revelarse más la influencia de la tradición literaria y de las fuentes selectas que la experiencia personal. Salustio inserta una oportuna digresión sobre África, pero es de una extrema brevedad: *quam paucissumis* (17, 2; 7). Nada de lo que narra da la impresión de una visión directa. Tras algunas frases concisas y restringidas con las que describe la región y sus habitantes, el autor pasa de inmediato a hablarnos de los orígenes y de los tiempos remotos. La erudición de tipo helenístico y la fantasía traicionan sus habituales ruinosos efectos. Se sabe que los restos heterogéneos de la expedición occidental de Hércules alcanzaron al África: medos, persas, armenios, mezclas entre indígenas líbicos y gétulos; también indica que el término *Maurus* tiene una etimología propia derivada de la transformación de la palabra *Medus*. Estas extrañas noticias las saca Salustio de libros púnicos, atribuidos al rey Iempsal y traducidos para su propio uso (17, 7). Es justo añadir que elude responsabilidades sobre la veracidad de tales informaciones⁴⁰.

Conviene decir que los libros de Iempsal, aunque estén escritos en una lengua púnica, se remontan probablemente a la tradición erudita helenística más que a una tradición local y auténtica. Salustio pudo haber tomado datos también de Posidonio, cuyas noticias son constantemente buscadas o supuestas en todas las disquisiciones de carácter etnográfico⁴¹. De hecho, la morfología de ambos nombres geográficos, en este *excursus* salustiano, revelan la presencia de un original griego⁴². Además, dos errores de Salustio tienen un paralelo en el geógrafo Estrabón, que se piensa que deriva de Posidonio. Salustio pone especial cuidado en la definición del *Arae Philaenorum* (antigua

³⁸ La misma noticia la encontramos en Diodoro XXXIV, 31.

³⁹ St. Gsell, *o. c.*, 125; 128. Se ha pensado que la Cirta de Salustio sea, en realidad, Sicca (R. Charlier, *L'ant. class.* XIX [1950], 289 ss.). Pero esta hipótesis no parece que tenga muchos seguidores.

⁴⁰ 17, 7: *ceterum fides eius rei penes auctores erit.*

⁴¹ St. Gsell, *o. c.*, 127 s. Para las dudas sobre la derivación de Posidonio del *excursus* sobre África, consultar K. Trüdinger, *Studien zur Geschichte der griechisch-römischen Ethnographie* (Diss. Basel, 1918), 127 ss.

⁴² Por ejemplo, 19, 3: *Cirene est, colonia Theraeon.*

frontera entre los dominios de Cartago y Cirene)⁴³, y avanza la extraña opinión de que las comarcas más fértiles de Numidia son las adyacentes a Mauritania⁴⁴.

El nombre del ilustre historiador griego, que decide continuar la obra de Polibio, deja entrever el problema general de las fuentes de Salustio⁴⁵. Pero estamos en una zona donde prevalece la oscuridad. Posidonio escribió desde el punto de vista de la clase dirigente romana; y parte de su relato referido a los acontecimientos africanos, se puede encontrar en la plutarquiana *Vida de Mario* y en Diodoro: por ejemplo, ciertas imputaciones contra de Mario⁴⁶. Salustio debía preferir a los escritores latinos, algunos de los cuales fueron también utilizados por Posidonio. Se puede dar el nombre de Sempronio Aselión, que en el proemio de su obra exponía un programa preciso: no atenerse a un método puramente analítico, sino atenerse a una verdadera diagnosis histórica. Por su parte, Aselión, tribuno militar bajo Escipión Emiliano en la guerra de Numancia, llevó su historia hasta el 91⁴⁷. Este mismo período fue objeto de estudio por parte de Valerio Antias y de Claudio Quadrigario⁴⁸.

El mérito de la obra histórica de Valerio Antias puede ser fácilmente calificada de “imaginativa”. Está claro que Livio se sirvió de esta obra hasta que se dio cuenta de sus imprudentes invenciones. Orosio, que fundamenta su relato en el de Livio, narra dos batallas de Mario contra las fuerzas de Yugurta y de Bocco⁴⁹. No hay, de hecho, analogía con el relato de Salustio; además hay varios aspectos de naturaleza novelesca. En la primera batalla, cerca de Cirta, el enemigo tenía a su disposición 60.000 caballeros; en la segunda, un ejército de 90.000 hombres. Ambas tropas fueron derrotadas. Esta segunda batalla es descrita con grandes recursos narrativos: los romanos, derrotados, fueron salvados por una providencial actuación. Livio –como se puede observar– no evitaba nombrar a Antias en lo que concierne a las cifras de los acontecimientos de Arausio: los 80.000 soldados asesinados y las más 40.000 personas que se encontraban en el campamento⁵⁰. Salustio evita hacer cálculos

⁴³ 19, 3; cfr. Estrabón III, p. 171.

⁴⁴ 16, 5; cfr. Estrabón XVII, p. 831.

⁴⁵ Cfr. el lúcida y equilibrada relación de St. Gsell, *o. c.*, 126 ss.

⁴⁶ Sobretudo en lo que concierne al caso de Vaga y la ejecución de Turpilio (Plutarco, *Marius* 8). Sobre Plutarco, consultar A. Passerini, *Athenaeum* XXII (1934), 17 ss.; K. V. Fritz, *TAPA* LXXIV (1943), 166 s. Para las *Historiae* de Posidonio, K. Reinhardt, *R. E* XXII, 630 ss. El uso abundante por parte de Salustio (demasiado) de la obra de Posidonio, es defendido por W. Schur, *Sallust als Politiker* (1934), 163 ss.

⁴⁷ H. Peter, *HRR* I (1914), 179 ss.

⁴⁸ Pero no por parte de Sisenna. La extraña idea de que Sisenna fuese “eine Hauptquelle” se encuentra en Schaz-Hosius, *Gesch. der röm. Literatur* I (1927), 367. Su nombre es tenido en cuenta inútilmente también por Lenschau, *R. E.* X, 6.

⁴⁹ Orosio V, 15, 10 ss.

⁵⁰ *Ib.* 16, 3.

numéricos en la guerra yugurtina, incluso por parte romana: se podría pensar que no tuviese ninguna estima por Antias como tampoco la tuvo Cicerón, que le negó un lugar entre los historiadores recientes.

Algunos elementos pudieron haber sido tomados por Salustio, aunque de manera imperfecta, de las memorias contemporáneas de políticos romanos.

En Roma, la autobiografía precedió a la biografía. Nace como la historia, de la vida pública romana. El gran Emilio Escauro (*cos.* en el 115), uno de los principales artífices de la política romana durante casi treinta años, escribió el relato de su propia vida (sin duda tenía muchas cosas que contar). Cicerón, en su *Brutus*, alude a aquellos escritos como algo muy apreciado: *sane utiles quos nemo legit*⁵². En ésta, como en otras ocasiones, Salustio pudo haber tomado algún dato del *Brutus*, que había sido publicado recientemente.

Las memorias de Rutilio Rufo tenían un fuerte acento apologético, como revelan los fragmentos que han llegado a nosotros⁵³. Rutilio, coetáneo de Escauro y rival suyo en las elecciones del 115 (donde afloraron acusaciones mutuas *de ambitu*), no consigue el consulado hasta diez años después. Más tarde, víctima de una encarnecida persecución política en 92, marchó al exilio, a Asia, donde fue bien recibido por los griegos, que consideraban que había sido injustamente castigado. Allí se contentó con conversar con ellos, y a escribir. El nombre de Rutilio equivale a rectitud de ánimo y empeño en el estudio filosófico⁵⁴. No hay que olvidarse de que se interesó también por la ciencia militar, y que prestó servicio en el ejército (primero en Numancia, como otros tantos que participaron en la historia de Yugurta)⁵⁵.

La autobiografía del dictador Sila fue dedicada a su amigo Lúculo⁵⁶. Este curioso documento, tal vez cínico por su descaro, representaba un verdadero modelo para aquellas personas, y para toda la clase social, que no estuviesen dispuestas a mortificarse⁵⁷. Salustio lo usó, parece ser, en el relato de la rendición de Yugurta, y probablemente, también en la descripción de las dos batallas al oeste de Cirta. Del mismo modo, no se puede pasar por alto la

⁵² *Brutus* 112. *HRR* I, 185. Consultar además E. Pais, *Dalle guerre Puniche a Cesare Augusto* I (1918), 137 ss. P. Fraccaro, *Rend. Ac. Lincei* XX (1911) 169 ss. = *Opuscula* II (1957), 125 ss.

⁵³ *HRR* I, 189 s.; *FGrH* 815. Cfr. F. Münzer, *R. E.* IA, 1277 ss.; G. L. Hendrickson, *CP* XXVIII (1933), 153 ss.

⁵⁴ Veleyo II, 13, 2: *virum non saeculi sui sed omnis aevi optimum*.

⁵⁵ Apiano, *Ib.* 88. Además de Mario estaba también Memmio (*tr. pl.* III) (Frontino, *Strat.* IV, I, I). Y quizás otros como Escauro (cfr. *De viris illustribus* 72, 3: *primo in Hispania corniculum meruit*).

⁵⁶ Plutarco, *Lucullus* I.

⁵⁷ Para los fragmentos, *HRR* I, 195 ss. Para la “Autobiografía” como fuente a la que Salustio se refiere, consultar G. Vitelli, *Studi it. fil. cl.* VI (1898), 353 ss.; I. Calabi, *Mem. Acc. Lincei* III, 5 (1950), 247 ss.

excelente narración de la batalla de Muthul, que denota la presencia de Rutilio Rufo en las fuentes salustianas: Rutilio, en efecto, participó en la misma como *legatus* de Metelo (50, 1).

No han llegado a nosotros las memorias escritas por Metelo, ni siquiera fragmentos. Sus contemporáneos tenían una gran estima por este hombre notable, y los historiadores lo trataron en general con respeto. En relación a los hechos relatados por Salustio, cabe decir que tuvo una acogida calurosa por parte de todas las clases sociales cuando entró en Roma, procedente de África, en el año 107 (88, 1). Salustio omitió hablar de su triunfo deliberadamente, pero sin malicia; no cuenta siquiera que un tribuno de la plebe consiguió bloquear este triunfo, que tuvo que ser celebrado al año siguiente.

Han quedado tres citas de los discursos pronunciados por Metelo durante estos acontecimientos⁵⁸. Es probable que otros discursos políticos contemporáneos fuesen leídos de primera mano por Salustio. Por ejemplo, Cicerón, en su juventud, conoció y estudió el discurso de defensa de G. Sulpicio Galba, uno de los acusados como culpable en la *quaestio Mamiliana* del 109⁵⁹.

El discurso de G. Memmio, tribuno de la plebe en 111, representa uno de los momentos de mayor relieve e importancia del *Bellum Iugurthinum*. Cicerón recuerda a Memmio en el *Brutus* simplemente como abogado, en términos poco elogiosos⁶⁰. Pero la tradición nos lo presenta como un eficaz orador público. Para Salustio la elocuencia de Memmio es *clara pollensque*; diciendo que, por ello, quiere recordar uno de sus numerosos discursos (30, 4). Las palabras de Salustio traslucen que tiene en mente un discurso concreto, del que existía el texto; incluso es lícito dudar de que el discurso, introducido con la frase *huiusce modi verbis*, esté basado en un documento verdadero. Como todos los otros discursos contenidos en la monografía, éste también es una composición libre de Salustio.

Él mismo, tribuno y orador, mostraba mucho interés por los asuntos políticos del pasado, enemigos de la oligarquía; de algunos de ellos conoció a sus descendientes, por ejemplo el nieto de Memmio, que fue pretor en 58 y candidato a las elecciones consulares del 54. Salustio da pruebas de una brillante calidad estilística cuando traza con interés y complacencia una defensa del tribunado. La descripción que hace del escenario político de la época, de la guerra yugurtina, es fruto en grandísima parte y de forma evidente, de su fantasía.

⁵⁸ H. Malcovati, *ORF* (1955), 211 ss.

⁵⁹ *Brutus* 127.

⁶⁰ *Ib.*, 136: *tum etiam C. L. Memmii fuerunt oratores mediocres, accusatores acres atque acerbi*.

LA ACCIÓN POLÍTICA

A pesar de las insuficiencias y la singularidad del relato salustiano, las operaciones militares narradas en el *Bellum Iugurthinum* no parece que hayan sufrido distorsiones a causa de los prejuicios contra algún personaje. El autor hace un resumen detallado y plenamente favorable a todo lo que Metelo hizo durante la guerra; y aunque a Mario le reserva el primer puesto, no le exalta indebidamente, como tampoco desprecia la ingeniosa acción diplomática de Sila.

Pero también se debe considerar otro aspecto. Guerra y generales están estrechamente relacionados con la política de la capital. Desde el momento en el que el autor presenta como tema de la monografía no sólo los acontecimientos bélicos sino también el desafío lanzado a la *superbia* de los aristocráticos, la misma elección del lenguaje expone un punto de vista concreto, quizás una deformación de carácter general y difuso desde el inicio.

Esta parcialidad debe ser buscada en el estudio salustiano de los personajes, y también, en la diagnosis de la vida política romana y en los presupuestos fundamentales entorno a la *nobilitas*¹.

Hablemos, antes de nada, de los generales. Calpurnio Bestia, cónsul en 111, fue sometido a acusación por el tratado que hizo con Yugurta. Causa admiración el reconocimiento, por parte de Salustio, de algunos de sus grandes méritos. Bestia, tenía energía, mente aguda y habilidad militar, pero estas buenas dotes se frustraban por la avaricia de dinero: *avaritia praepediebat* (28, 5). Eligió, como lugartenientes, a hombres ilustres de nacimiento, pero dispuestos a aguantar en silencio sus errores²; después de haber iniciado vigorosamente las hostilidades, hizo más lenta la acción en vista de grandes ganancias, cuando tuvo delante de sí mismo a los enviados de Yugurta³. En fin, su venalidad fue un ejemplo pésimo para los oficiales romanos (32, 2). El siguiente comandante en jefe, el cónsul Sp. Postumio Albino, es descrito

¹ Era costumbre suponer, en retratos de personas o en un cuadro de sucesos, no sólo la parcialidad sino también verdaderas distorsiones. Así de forma extrema, C. Laucker, *Die Künstlerischen und politischen Ziele der Monographie Sallusts über den Jugurthinischen Krieg* (Diss. Leipzig, 1911); y K. v. Fritz aceptaba demasiadas cosas en detrimento de Salustio (*TAPA LXXIV* [1943], 134 ss.). Para corregir las exageraciones, consultar K. Vretska, *Wiener S.B CCXXIX*, 4 (1955). Este estudioso delinea de forma clara y original el modo con el que Salustio trata a Metelo, Mario y Sila. Para un análisis agudo de la larga controversia entorno a la finalidad y al valor de la monografía, consultar A. La Penna, *Ann. della Scuola Normale Superiore di Pisa XXVIII* (1959), 45 ss.

² 28, 4: *legat sibi homines nobilis factiosos, quorum auctoritate quae deliquisset munita fore sperabat.*

³ 29, 1: *animus aeger avaritia facile conversus est.*

como impaciente para combatir: *avidus belli gerendi* (33, 3). Y ésta no es por sí misma una nota de censura: Albino dejó que las operaciones se desvanecieran. Calculó con astucia (según algunos) y no con verdadera ineficacia (36, 3). La acusación grave es no haber sabido restaurar la disciplina entre las tropas, después del comportamiento incompetente y catastrófico de su hermano Aulo (39, 5); Salustio hace una exposición muy negra de las condiciones en las que se encontraba el campo romano a la llegada de Metelo: el ejército entero en plena ruina y corrupción (44).

Metelo da un nuevo giro y un nuevo aspecto a la acción militar. Este aristócrata es presentado por Salustio, desde el principio, como un hombre enérgico, de íntegra reputación (43, 1). En contraste con sus predecesores en Numidia, él es incorruptible: ni el dinero ni los provechos le tientan (43, 5). Las medidas adoptadas por él para llevar al ejército sobre un plano combatiivo eficiente son descritas minuciosamente y con sincera aprobación. El autor vuelve a asumir su juicio con estas palabras: *magnum et sapientem virum fuisse comperior* (45, 1). Hay que decir que a Salustio no le resulta fácil distribuir elogios. Ninguno, en estas páginas, obtiene de él el apelativo de *sapiens*. Más tarde otro escritor, igualmente contrario a enfatizaciones, adoptará esta frase de Salustio para expresar la alta estima que sentía por un gentilhombre romano⁴.

Por otro lado, cuando Metelo venció la difícil batalla cerca del río Muthul, nuestro historiador hace referencia con sincera complacencia a la alegría y el sentimiento de alivio que se respira en Roma. General y soldados habían tenido un comportamiento digno de la gran tradición romana, del *mos maiorum*; la fama de Metelo resplandecía de gloria (55, 1 s.). Cuando su lugarteniente Mario expresa el deseo de volver a Roma para proponer su propia candidatura al consulado, Metelo se encoleriza. Desde el principio intenta disuadirlo con amigables consejos, pero al final no sabe contener el insulto; Mario puede esperar hasta que sea elegido incluso el hijo de Metelo. A pesar de la *virtus* y la *gloria* que este aristócrata tenía en gran medida, se dejó llevar por la arrogancia que tenían todos los nobles: *commune nobilitatis malum*, dice Salustio (64, 1). A continuación, cuando Mario no sólo fue elegido, sino que además obtuvo el decreto del pueblo para el mando de la guerra numídica, Metelo está totalmente afligido y conmocionado hasta romper en lágrimas y en palabras de amor (82, 2 s.). Una vez más la *superbia*, herida por el enfrentamiento y celosa del honor de Mario, le hacía sufrir más que la pérdida del mando (así, al menos, lo afirma Salustio). Al final, el

⁴ Tácito, *Ann.* IV, 20, 2: *hunc ego Lepidum temporibus illis gravem et sapientem viram fuisse comperior.*

escritor no dejará de recordar la espléndida acogida reservada a Metelo a su regreso, más allá del resentimiento: *plebi patribusque ... iuxta carus* (88, 1).

Desde esta perspectiva es difícil sostener una antipatía de Salustio hacia Metelo⁵. Pero es verdad que lo compara con Mario, y aquí se demuestra no sólo la sutileza del escritor, sino también el temperamento del hombre que ha tenido un pasado político. ¿Acaso no ha exaltado demasiado, aumentando los méritos, al “general del pueblo”?

El problema de la tendencia política de Salustio, en este punto, genera equívocas. César tenía lazos familiares con Mario y con su partido, y los reforzó casándose con Cornelia, hija de Cinna. Sus primeras acciones políticas directas contra los *optimates* tendían a aprovechar la causa democrática, que era perdedora, beneficiándose ésta de una inesperada popularidad a Pompeyo, dando la espalda a César entrando en coalición con la oligarquía. La guerra civil asumió el aspecto de una antigua lucha renovada, y muchas familias que habían sido partidarias de Mario, tanto en Roma como en los municipios, se volcaron a favor de César. Todo esto está verificado y se admite. ¿Pero qué deducciones sacamos?

Mario hace el papel de león en el *Bellum Iugurthinum*. Algunos, por eso, ven en él al protagonista de la monografía⁶. Para otros, este general es la reencarnación viviente de las cualidades morales que Salustio aprecia como prioritarias⁷. De ser así, el historiador habría escrito la monografía con la concreta intención de glorificar al patrocinador de la causa por la cual se batían los *populares*⁸.

Estas ideas fueron expresadas con imperturbable seguridad, como si la verdad fuese clara. Pero la presentación de Salustio puede traer dudas e incertidumbres sugiriendo una perspectiva diferente, más conforme a las complejidades del carácter y del comportamiento humano, tal como las ve un historiador.

Examinemos, antes de nada, a Mario como *legatus* de Metelo. Participa en la primera expedición, la de Vaga; está presente en la batalla del Muthul, pero sin que se registren acciones particulares suyas; defiende la ciudad de Sicca; sostiene una parte notable en Zama, pero que los romanos no consiguen conquistar. No parece, de todas formas, que a Mario se le diera una importancia excesiva.

⁵ Cfr. K. Vretska, *o. c.*, 94 ss. C. Lauckner ha pensado que Salustio hablase bien de Metelo sólo con el objetivo de demostrar que Mario era superior al mejor general que la aristocracia podía proponer (*o. c.*, 7 ss.).

⁶ E. Bolaffi, *Salustio* (1949), 68: “deja ver la figura simpática de un joven soldado”, etc.

⁷ J. Pajk, *Sallust als Ethiker I* (*Progr. Wien*, 1892), 19: “Marius ist das Tugendideal des Sallust”.

⁸ H. M. Last en *CAH IX* (1932), 137.

Más tarde entrará en juego la fortuna, y la ambición se abre camino con el dramático curso de los acontecimientos. Cuando Mario estaba cumpliendo un sacrificio en Útica, un adivino le profetizó todo lo que estaba destinado a cumplir: *magna atque mirabilia*. Sólo tenía que proceder con seguridad, apoyándose en los dioses (63, 1). Mario, dice Salustio, ya desde antes, moría del deseo de alcanzar el consulado: *ingens cupido*. Entonces tenía todo cuanto era necesario, salvo una cosa: la nobleza de nacimiento. El historiador añade algunas observaciones entorno al origen de Mario, a su *curriculum* inicial, a la carrera, al prestigio adquirido en los campos de batalla. Y así, lo vemos junto al tribunal militar; más tarde en varias magistraturas, una detrás de la otra⁹. Cada vez, sus electores pensaban que fuese digno de algo mejor, pero él no tenía aún mucho interés en la lucha por el consulado (63, 6). Era un puesto estrechamente reservado a la *nobilitas*¹⁰.

El *curriculum* de Mario fue rápido y continuo, según Salustio. Pero no es totalmente cierto. ¿Tiene, entonces, el historiador la intención de engañar al lector? No es posible creerlo. Los motivos del equívoco son evidentes: Salustio no conocía exactamente la vida de Mario, y se la imaginó sin reflexionar demasiado. Basándose en la experiencia de la propia época, creía que el genio militar, en un *homo novus*, aunque enérgico, estuviese en disposición de llevarlo fácilmente a la pretura (pero no más allá, naturalmente; a menos que no encontrase particular ayuda y favor cerca de un partido político o un *leader*). Salustio buscó noticias sobre la carrera inicial de Mario, preocupado por la brevedad, y sin querer hacer pesada la narración¹¹.

Una indagación cuidadosa habría sacado a la luz hechos de indudable importancia y noticias de extremo interés¹². Mario había nacido alrededor del 158 a.C. Había prestado servicio bajo Escipión Emiliano en Numancia, y había sido elegido tribuno de la plebe en 119: primer cargo, éste, del que se tiene un testimonio concreto. Como tribuno, propuso una ley mediante la cual se protegía a los votantes que antes, intimidados, no podían ejercer libremente su derecho. Esta propuesta sufrió la desaprobación del Senado y provocó un conflicto con los cónsules, entre los cuales uno pertenecía a la familia de los

⁹ 63, 4 s.: *ergo, ubi primum tribunatum militarem a populo petit, plerisque faciem eius ignorantibus, factis notus per omnis tribus declaratur. Deinde ab eo magistratuum post alium sibi peperit.*

¹⁰ 63, 7; cfr. *Cat.* 23, 6 (en relación a la candidatura de Cicerón).

¹¹ Todavía puede insistir sobre la elección de Mario al tribunal militar, una noticia que ninguna otra fuente transmite.

¹² Sobre los inicios de la carrera política de Mario, consultar Weyand, *R. E. Supp.* VI, 1369 ss.; A. Passerini, *Athenaeum* XXII (1934), 10 ss.; H. Chantraine, *Untersuchungen zur römischen Geschichte am Ende des 2. Jahrhunderts v. Chr.* (1959), 63 ss.; Broughton, *MRR*, Supp. (1960), 40; E. Badian, *Historia* XI (1962), 214 ss.

Metelo¹³. A continuación, Mario propuso su candidatura como edil (tanto curul como plebeyo), pero sufrió un descalabro¹⁴. Se presentó a las elecciones para la pretura en 116, y quedó el último entre los candidatos elegibles, de modo que tuvo que afrontar un proceso de corrupción¹⁵. Gobernó la provincia *Uterior* de Hispania, pero no le reportó mucha fama¹⁶.

Por otra parte, la curiosidad histórica podría llevarnos a la maraña de averiguar si este municipal era en realidad cliente de la gran familia de los *Cecillii Metelli*¹⁷; estudiando el vínculo matrimonial que contrajo en 112 llegamos a entender la importancia que tuvo esto para la carrera social de un *parvenu*. Se casó con *Julia*, cuya familia pertenecía a la nobleza y, además, al antiguo patriciado, aunque en estos tiempos el rango estaba desprovisto de riquezas y de influencia política. En tales circunstancias, Mario adquirió en la casa Julia mudo más prestigio del que podía esperar.

De todas formas, el historiador, evitando extenderse, entra rápidamente a tratar el litigio entre el general y su lugarteniente. Mario se dejó guiar por la ambición y el resentimiento, que son los peores consejeros (64, 5). Tuvo contactos con los comerciantes de Útica, usando un lenguaje descarado y odioso: decía, en efecto, que habría podido poner fin a la guerra con sólo la mitad de las fuerzas disponibles, mientras Metelo andaba prolongando las hostilidades sólo por vano orgullo. Además, alimentaba la ambición de un príncipe de Numidia, un tal Gauda (nieto de Masinisa), que recibía de Metelo escasas atenciones (y no se equivocó, por lo que parece), prometiéndole el reino en caso de victoria. En fin, algunos caballeros romanos (oficiales del ejército y a la vez hombres de negocios), cansados de la guerra y nerviosos por las intrigas de Mario, enviaron cartas a Roma de contenido fácilmente imaginable, obteniendo mucha credibilidad con sus lamentos. Además, la atmósfera política era ya favorable a la elección de un *homo novus*, sufriendo la nobleza una descomposición en la famosa *quaestio Mamiliiana* (65, 5).

Ahora la narración retoma un nuevo filón de los acontecimientos de Numidia durante un largo rato, introducido por un breve resumen de las elecciones (73) que tuvieron el efecto deseado, según las cartas llegadas desde África. El ambiente –nos dice Salustio– contó más que los respectivos méritos de Metelo o de Mario¹⁸. Por otro lado, magistrados agitadores (los tribunos de la plebe) soliviantaron a la opinión pública. Artesanos y gentes del pueblo

¹³ *De legibus* III, 38; cfr. Plutarco, *Marius* 4. Sobre este punto, cfr. E. Badian, *JRS* XLVI (1956), 94.

¹⁴ *Pro Planc.* 51.

¹⁵ Valerio Máximo VI, 9, 14; Plutarco, *Marius* 5.

¹⁶ Plutarco, *Marius* 6. El único testimonio.

¹⁷ E. Badian, *Foreign Clientelae (264-70 a. C.)*, (1958), 194 s.

¹⁸ 73, 4: *ceterum in utroque magis studia partium quam bona aut mala sua moderata.*

acudieron a aclamar a Mario, dejando el trabajo. Ni un solo gesto ni una palabra se dice aquí sobre el candidato.

Tras la elección, Mario se dio prisa para rentabilizar sus ventajas: *multus atque ferox instare*. Atacó a la aristocracia con insolente vanidad (84, 1). Llegando a este punto –pero sólo después de que obtuviera, con votos, la asignación de tropas y de medios– el historiador vuelve a recordar un largo y violento discurso de Mario al pueblo (85).

Hasta ahora, este eminente *homo novus*, por sus méritos como soldado, es descrito como un demagogo intrigante. En África, Mario ataca la reputación de su superior, y este comportamiento es estigmatizado por el historiador como *parva ambitio* (96, 3). Hay que decir que, en su discurso, un hombre así podía jactarse de haber tomado la decisión actuar virtuosamente (85, 9).

Volvamos a otra cosa importante, los preparativos del contingente militar de la expedición. El cónsul violó el *mos maiorum*, alistando a un gran número de hombres que no cumplían los requisitos patrimoniales dispuestos en la ley. El historiador se limita a hacer referencia a los comentarios anónimos de la ciudad (86, 3): algunos justificaban esta conducta con la falta de reclutas convenientes; otros, en cambio, la atribuían a la ambición política de Mario, y sobre este aspecto Salustio se detiene un poco. Mario había aprovechado el apoyo y el favor de los pobres, que formaban una clase sin sustancia y sin ideales, cuyo incentivo era sólo la ganancia: *omnia cum pretio honesta*. Si un hombre tiene como punto de mira la *potentia*, pone los ojos sobre las necesidades entre los pobres: *egentissimus quisque opportunissimus*.

Éstas son palabras fuertes (y eso que Salustio tiende a evitar los superlativos). No lo sabe todo sobre los elogios que recibió por distintas campañas. Muchas de las empresas de Mario están caracterizadas por la fortuna (92, 2). Gracias a ésta consiguió concluir exitosamente la marcha hacia el río Mulucca, que era un auténtico gesto de imprudencia (94, 7). Finalmente –algo de extrema importancia–, desde el momento en que Salustio otorga un valor especial a la *virtus*, que, obsérvrese, se le asigna a Metelo, jamás a Mario, al menos cuando habla por sí mismo. Son los tribunos de la plebe los que ensalzan exageradamente su *virtus* (73, 5); y también a los soldados se les permite celebrar esta *virtus* de su jefe militar, lo mereciera o no plenamente (92, 2).

Salustio ha evitado la tentación de transformar al general del pueblo en un héroe o en un modelo de comportamiento. Al describir este ambiguo personaje, mezcla hábilmente el bien y el mal; y no se ha equivocado. Cicerón, en cambio, se comporta de modo contrario a Salustio⁸; no consigue

⁸ K. Vretska, *o.c.*, 126 s. Acerca del pensamiento de Cicerón sobre Mario (una larga historia), ver T. F. Carney, *Wiener Studien* LXXIII (1960), 83 ss.

presentarnos un retrato completo y plausible de su paisano. En los discursos públicos (salvo en dos excepciones), es todo un despliegue de alabanzas por su coraje, su constancia e integridad⁹. Puede afirmar, no obstante, que tenía numerosos enemigos, y que ninguno lanzó contra Mario la cuestión de sus orígenes humildes¹⁰. Pero en las cartas y en las obras filosóficas, Cicerón revela otro punto de vista. Por ejemplo, tiene el coraje de aludir a Mario con profundo disgusto, como a un fraudulento maestro de la perfidia. Así, el *divinus vir* de la *Pro Sestio* se convierte en el *omnium perfidiosissimus*¹¹.

El retrato que Salustio nos hace de Mario es una prueba elocuente de su finura e independencia de juicio¹². Pero, para matizar esta buena opinión, veamos lo que dice a propósito de Emilio Scauro.

Este personaje es sometido a juicio desde el primer momento, en el 117 o en el 116, cuando Aderbal, expulsado del reino, había venido a Roma, para pedir ayuda y restitución del poder. El autor traza de él un retrato muy vigoroso: un noble enérgico, hábil tejedor de intrigas, sediento de poder, de honores y de riquezas, pero astuto disimulador de sus propios vicios (15, 4)¹³. En estas circunstancias, constatando que la corrupción ejercida por los emisarios de Yugurta era evidente, Escauro se alarmó y supo dominar sus tendencias naturales. En seguida le volvemos a encontrar entre aquellos que habían sido invitados por Yugurta durante el asedio de Cirta; y el príncipe (llamado así) temía a Escauro más que a ningún otro (25, 10). Entonces fue elegido como *legatus* por el cónsul Calpurnio Bestia, junto a otros *homines nobiles factiosi* (28, 4); y, atraído por la perspectiva de buenas ganancias, actúa como su amigo y consejero (29, 2), mientras Yugurta, siempre fiándose más de la causa de Escauro, fue con él y con Bestia (29, 5).

Apenas conocida en Roma esta transacción, las opiniones fueron dispares. La *potentia* de Escauro prevalecía, y podía cambiar el rumbo de los acontecimientos, pero el tribuno Memmio no se dejó asustar (30, 3). Más tarde, siempre según Salustio, Escauro estaba entre aquellos que Memmio incriminó por corrupción (32, 1). Después de esto, Escauro desaparece de la escena, y no será nombrado ni una sola vez. Cuando hubo que formar un jurado, con las leyes propuestas por el tribuno G. Mamilio Limetano en 109, para investigar acerca de los malos actos cometidos por el caso Yugurta, Escauro intrigó para ser elegido como uno de los tres jueces (40, 4).

⁹ Las excepciones son tardías, *Phil.* VIII, 7; XI, I.

¹⁰ *Pro Sulla* 23.

¹¹ *Pro Sestio* 50, en contraste con *De natura deorum* III, 80.

¹² K. Vretska, *o.c.*, 129.

¹³ 15, 4: *Aemilius Scaurus, homo nobilis in pigris factiosus, avidus potentiae honoris divitiarum, ceterum vitia sua callide occultans.*

Pues bien, el relato de Salustio es abiertamente débil. En cualquier caso, bastaría observar que el motivo de la corrupción no debe ser usado para explicar por qué Escauro y el cónsul llegaron a un acuerdo con Yugurta, obteniendo su sumisión y cerrando las hostilidades. El autor demuestra claramente su contrariedad con uno de sus informes. Se le ven “las intenciones” cuando trae a escena a Escauro desde el primer momento, al describir los tejemanejes en los cuales este personaje, aparentemente corrupto, sin embargo, no estuvo implicado (15, 4).

Salustio muestra a Escauro como un típico *nobilis*, y la historia nos lo presenta estrechamente unido a la familia de los Metelos¹⁴. Escauro adquirió preeminencia en la época en la que la influencia de aquella familia era indiscutible (seis consulados en quince años). Pudo alcanzar las *fascēs* como compañero de un Metelo en 115 y, se convierte en *princeps senatus* casándose posteriormente (quizás en 101) con la hija de Delmático. *Princeps senatus* desde 115, fue elegido censor en 109. Pero Escauro había comenzado desde la pobreza y la oscuridad: para abrirse un camino había tenido que luchar como cualquier otro *novus homo*. Aunque perteneciese a una familia ilustre y patricia, a ésta se le habían negado algunos altos cargos durante algunas generaciones, siendo, además, apartada del senado¹⁵. No le fue fácil conquistar el consulado: como adversario tenían a Rutilio Rufo (con apoyos potentes); no se libraron de un proceso de acusación por intrigas electorales. Su política, como ex cónsul, fue siempre clara durante todos los años que sobrevivió, casi paradójicamente, a sí mismo. Se supone que se inclinó por una alianza con los *equites*. No hubo sorpresas en la carrera de este hábil y atento hombre político, a quien se le ha ido formando una doble tradición.

Escauro mantuvo, según parece, un liderazgo indiscutible, en estrecha colaboración con las clases pudientes. En otras palabras, una *concordia ordinum*. Para Cicerón, éste es el típico modelo de los hombres políticos, maestro de la sabiduría civil, llamándosele así sólo para defenderlo, considerándolo, quizás, el precursor de sí mismo. Sólo se necesita esto para llamar la atención de Salustio¹⁶. Estas noticias debió de tomarlas de la lectura de la autobiografía de Escauro.

Por otro lado, el nombre y el recuerdo de estos asuntos fueron ligados, de distintas maneras, a las aspiraciones políticas y a las familias que mostraban

¹⁴ Sobre la carrera y la política de Escauro, ver M. Bloch, *Univ. de Paris, Bibliothèque de la Faculté des Lettres XXV* (1909), 1 ss.; P. Fraccaro, *Rend. Ac. Lincei XX* (1911), 169 ss. = *Opuscula II* (1957), 125 ss.

¹⁵ Asconio 24.

¹⁶ Se ha dicho también que la desaprobación del oportunismo político de Cicerón por parte de Salustio contribuyó crear el retrato que hace a Escauro (A. R. Hands, *JRS XLIX* [1959], 56 ss.).

hostilidad hacia Salustio. Cecilia Metela, que había quedado viuda del ya anciano Escauro, se casó con Sila. Con Escauro había tenido dos hijos, un varón y una hembra. La hija se casó con Pompeyo (como segunda mujer) pero murió al poco tiempo; el hijo fue pretor en 56 y candidato al cargo supremo en 54. Cuando éste esposó a Mucia (una dama de ligeras costumbres, de la cual se había divorciado ya Pompeyo a su regreso de Oriente), se convirtió en padrino de los hijos del gran estadista, siendo entonces ya hermanastro de Fausto y Fausta.

*

La guerra de Numidia tiene un significado político, y el autor es consciente de ello desde el principio. Es un desafío a la supremacía de los aristocráticos: *quia tunc primum superbiae nobilitatis obviam itum est* (5, 1). En otros pasajes sucesivos se refiere a los nobles como *pauci*: los *pauci potentes*, la *factio*. Ellos ejercen el poder (la *potentia*), con un comportamiento arrogante; son lujuriosos y corruptos. De ahí viene el grave mal gobierno de la herencia imperial de Roma. Esto es un axioma para Salustio.

Como ya se ha visto, el ataque contra la oligarquía se produjo en tres momentos: con Memmio, con la *quesito Mamiliana*, con Mario. El autor une una cosa con la otra, sirviéndose de varios fundamentos repetitivos. Así, apenas se presenta el caso, está preparado para subrayar, con un giro idéntico de la frase, el grave golpe acusado por la *nobilitas*¹⁷

Desde su primera aparición Memmio es presentado como hostil a la *potentia nobilitatis* (27, 2). Lo mismo ocurre en su segunda aparición en la escena (30, 3). Memmio, al inicio de su discurso, afirma que es obligado *obviam ire factionis potentiae* (31, 4): una clara alusión a la impostación temática hecha por el autor. El mismo discurso hace apelación a la dignidad y majestad del pueblo romano, *imperatores omnium gentium* (31, 20; cfr II), con frecuentes reivindicaciones a la *libertas*. El tribuno saca a la luz las antiguas secesiones de la plebe, la cruel represión del movimiento gracano, alza su protesta contra el monopolio de los cargos, del poder y de las ganancias, ejercidos por *homines sceleratissimi...nonocentissimi et idem superbissimi* (31, 12).

El juicio, como podría parecer, es un motivo de una fogosa elocuencia, una invitación excitante a una acción violenta. Se adapta bien a todo lo que el autor ya ha dicho (y que otras pruebas confirman) acerca de la personalidad y la elocuencia de este tribuno. Todavía se podría preguntar si se adapta bien su

¹⁷ 32, 5: *perculsa omni nobilitate*; 65, 5: *nobilitate fusa per legem Mamiliam*; 73, 7: *ita perculsa nobilitate post multas tempestates novo homini consulatus mandatur*.

discurso a la situación y a la política que él invoca, que simplemente era la de persuadir al pueblo para mandar a África a un hombre absolutamente íntegro, con el deber de conducir a Roma a Yugurta mediante un salvoconducto para que pudiera prestar testimonio en la capital. Las habilidades literarias de Salustio en este punto son poco meritorias como historiador y más propias de un artista dado a la fantasía.

Existe también la ley del tribuno Mamilio. Una vez aclarados los términos de la *quaestio*, el autor pasa de repente, casi con frenesí, a hablar del nombramiento de Escauro y, buscando un exceso de partidismo, entra a discutir la política romana (41 s.). Algo falta, aquí. ¿Por qué el autor jamás, para confirmar sus propios argumentos y para demostrar una satisfacción personal, no nos ha dicho el nombre de los culpables, para los que estaba reservado un castigo digno? Un historiador de rango senatorial no dejará fácilmente escapar la ocasión de documentar una vergüenza pública, y nos dará toda una lista de nombres ilustres implicados en ello¹⁸.

La *quaestio* provocó una memorable caída de hombres de alto linaje y de eminente condición social. Cuatro ex cónsules y también un pontífice, el patricio G. Sulpicio Galba: se dice que su desgracia no tenía precedentes¹⁹. Calpurnio Bestia y Sp. Postumio Albino pagaron el castigo por todo lo que habían (o no habían) hecho en Numidia. La tercera víctima, G. Porcio Catón (cónsul en 114), que había gozado de un mandato en Macedonia y había sido derrotado en el campo de batalla, no sabemos si fue más veces incriminado. A propósito del cuarto, que es nada menos que L. Opimio, cónsul en 121, cuya memoria era particularmente odiosa, Salustio, al presentárnoslo desde el principio (había estado, en efecto, al mando de la comisión que dividió Numidia entre Yugurta y Aderbal) no deja de darnos a entender lo que había hecho antes: había asesinado a G. Graco y a M. Fulvio Flaco, y desahogado su crueldad contra sus seguidores entre la plebe romana²⁰. Es extraño que Salustio ahora no cuide este significativo acto de justicia y de venganza contra Opimio²¹.

El ataque a la oligarquía adquiere con Mario la máxima intensidad: su discurso es un documento de acusación no sólo política, sino también social.

¹⁸ Compárese este texto con la técnica de Tácito, que, después de haber citado siete nombres, así afirma: *quorum auctoritates adulationesque rettuli ut sciretur vetus id in re publica malum* (Ann. II, 32, 2).

¹⁹ *Brutus* 127 s. Bestia, incriminado por Memmio, estuvo a la altura de invocar el testimonio de Escauro en su favor (*De oratore* II, 283). Se debe presumir que también el hermano de Sp. Postumio Albino sucumbiese.

²⁰ 16, 2: *L. Opimius, homo clarus et tum in senatu potens quia cónsul C. Graccho et M. Fulvio Flacco interfectis acerrume victoriam nobilitatis in plebem exercuerat*.

²¹ Sólo el nombre de Opimio habría podido servir de unión entre el recuerdo de los Gracchi en el discurso de Memmio (31, 7) y la digresión (42, 1).

No se conforma con atacar a los *nobiles* como casta, sino que se ayuda de la *novitas mea* contra ellos. Usa expresiones insultantes, una mezcla entre ironía y sarcasmo. El tono es áspero y duro²². Palabras y construcciones arcaicas revelan un fondo claro de rudeza, y algunos piensan que la falta de finura ciudadana por parte del orador se manifiesta incluso en la fraseología de tipo coloquial y en la misma construcción privada totalmente de elegancia²³. Si el retrato humano que resulta es el de una persona vanidosa y recta, con esto se recuerda que el *novus homo*, hablando delante del pueblo, debía imponerse. No tenía antepasados, y por lo tanto, ningún otro se habría atrevido a proclamar sus méritos o deméritos. En este caso valía el ejemplo altamente significativo de Catón²⁴, siendo el discurso de Mario, en este caso, de clara marca catoniana²⁵.

Tal discurso muestra más el retrato de un personaje que la intención de ilustrar una situación o un programa político. Está hábilmente construido. El orador comienza en un tono de racionalidad y de moderación, habla de las propias dificultades personales: otros tienen la ventaja de haber nacido nobles, de tener prestigio, de pertenencias familiares, de una numerosa clientela que haga de sujeción y escudo, mientras el *novus homo* debe apoyarse exclusivamente en sus propias cualidades, *virtus et innocentia*. Pasa luego al problema de la guerra, que estaba en curso, acusa a los generales aristocráticos de ignorancia, pues algunos de ellos habían tenido que aprender las artes militares con manuales extranjeros; a ello seguía la incompetencia en el campo de batalla. Si los nobles clamaban a la prerrogativa de sus orígenes, debieron saber cómo y cuándo fue la primera vez que le fue otorgada esta nobleza: *ex virtute nobilitas coepit* (85, 17). Es verdad que Mario no puede exhibir ninguna *imago* de familia, ningún consulado o triunfo de sus antepasados pero, en compensación, está preparado para mostrar las cicatrices de sus heridas y las condecoraciones ganadas. Los antepasados de los nobles transmitieron una gloriosa herencia, pero había una cosa que no podían dejar en su testamento, la *virtus*. Los aristócratas se rieron de Mario por su falta de refinamiento en su forma de vida, le llamaban basto e incivilizado, pero su conducta prueba que ellos son los ociosos que pierden el tiempo y que son nocivos para el Estado.

El orador termina con un tono confidencial a propósito del asunto de Numidia: el pueblo romano con su modo de reaccionar había dejado a un lado

²² Se ha hablado de posibles luchas, derivadas de estos acontecimientos, de los cínicos y de los estoicos: E. Skard, *Symb. Osl.* XXI (1941), 98 ss., pero no es una idea muy convincente: cfr. Büchner, *Sallust* (1960), 409.

²³ H. Schnorr v. Carolsfeld, *Über die Reden und Briefe bei Sallust* (Leipzig. 1888), 52 ss.

²⁴ Livio XXXIV, 15, 9: *haud sane detrectator laudum suarum*.

²⁵ V. Pöschl, *Grundwerte römischer Staatsgesinnung in den Geschichtswerken des Sallust* (1940), 48 ss.; E. Skard, *Symb. Osl.*, Supp. XV (1956), 92 ss.

ya la *avaritia, imperitia atque superbia*; la energía y el valor harán el resto. Ningún padre reza para que su hijo viva siempre; ningún hombre ha conseguido jamás la inmortalidad con la cobardía; y sus palabras no pueden generar el coraje.

Continuando con lo dicho por Salustio, el cónsul habría hecho este discurso para favorecer el reclutamiento de los soldados y, al mismo tiempo, por el deseo de imputar la iniciativa a los aristócratas (84, 5)²⁶. Se corre el riesgo de que el segundo motivo estrangule al primero. En el discurso son frecuentes las llamadas a temas que ya afloraron antes (por ejemplo, en el discurso de Memio), para subrayarlas mejor. Metelo había sido ya gratificado con el título de arrogante (64,1; 82,3); en el discurso se repite el vocablo *superbia* muchas veces para denunciar a los *homines superbissimi*.

De este modo Salustio traiciona –o, mejor dicho, confiesa– fuertes resentimientos contra los *nobiles*. Cabe pensar que sus enemigos no siempre salen airosos de las situaciones difíciles, ya que los tribunos de la plebe y los mismos acontecimientos que acompañaron a las elecciones de Mario son definidos como *sediciosi* (73,5). Además, el autor es particularmente severo al juzgar los movimientos que concluyeron con la ley de Mamilio: no se miraba el bien del Estado, sino la condena de los *nobiles*. La *quaestio* fue conducida de un modo ilegal, *aspere violenterque ex rumore et lubidine plebis* (40,5). En el pasado la nobleza había actuado frecuentemente con crueldad en busca de una victoria; y ahora le llegaba el turno a la plebe²⁷.

A estas alturas el autor aprovecha la oportunidad para hacer una digresión sobre los partidos y sus odios (41 s.). El *excursus* tiene la misma importancia central que vemos en toda la estructura de la obra. Esta vez llega a hablar, de nuevo, de la destrucción de Cartago; antes de este episodio histórico, reinaba la concordia entre los romanos, porque bastaba con el temor de los enemigos externos. Pero la paz y el bienestar se volvieron nocivos y desastrosos, libres de cualquier presión, de modo que nobleza y pueblo siguieron inclinaciones opuestas, y así, el Estado se fue separando en dos.

Los *nobiles*, teniendo el monopolio de los cargos y la posesión del beneficio imperial, aprovechaban sus ventajas sin freno y despiadadamente. La clase social que formaba la base del ejército era agraviada por el continuo

²⁶ El discurso es de Salustio, pero se apoya, en algunos momentos, en cosas ya dichas, o mejor dicho, supuestamente dichas por Mario. Compárense los pasajes paralelos de Plutarco, en *Marius*, citados por A. Passerini *o.c.* 20 ss. Mario es representado ahí como el que llama deliberadamente a las clases humildes, con mentiras contra los generales derrotados de la aristocracia, Bestia y Albino. Pero quizás resulta exagerado decir que Salustio reproduce “sustancialmente el sentido de las palabras pronunciadas por Mario en aquella ocasión” (T. F. Carney, *Symb. Osl.* XXXV [1959], 69).

²⁷ 40,5: *uti saepe nobilitatem, sic ea tempestate plebem ex secundis rebus insolentia ceperat.*

servicio militar, al tiempo que se veía obligada a ceder sus posesiones de tierras a sus poderosos e insaciables vecinos. Dos hombres habían antepuesto la gloria genuina al poder y la opresión, los Graco, que intentaron proteger a la plebe denunciando los crímenes de la oligarquía. Pero la *nobilitas* estuvo a la altura de derrotar y aplastar a los Graco, mandando a numerosos adversarios a la muerte o al exilio, sin conseguir crear una seguridad efectiva para sí mismos. Cuando algún partido quiere vencer a toda costa y vengarse cruelmente del adversario abatido, entonces se produce una situación de crisis que puede acarrear la ruina a los grandes Estados²⁸.

Esta es la conclusión a la que llega el autor, confirmándola con el arcaico *pessum dedit*. Se trata de una sentencia de carácter general que no resulta chocante por hechos sanguinarios recientes y por la época en la que escribía Salustio.

La digresión está unida a uno de los tres momentos en que se desarrolla el ataque a los *nobiles*; y trae un problema que sobrepasa el puro y simple chisme. ¿Es Salustio verdaderamente claro y satisfactorio en su diagnóstico sobre las fuerzas que han determinado la política de aquel tiempo en la República romana? Sus afirmaciones categóricas provocan grandes dudas.

Salustio mueve las piezas de los *patres* y de la *plebs* (menos frecuentemente habla de *populus*) como si fueren unidades no sólo en contraste, sino opuestas y hostiles. Si no dice *patres* dice *nobilitas*. La realidad era muy compleja e iba más allá de clases y órdenes sociales, desafiando decididamente los límites de la terminología tradicional. La vida romana se basaba en una vasta red de relaciones, y el término que las resume todas es *clientela*.

La misma clase gobernante no era homogénea. Aun cuando el Senado, antes de los ordenamientos silanos, contaba con sólo trescientos miembros, no todos eran *nobiles*, o sea, descendientes de familias de ex cónsules. Y la *nobilitas* no presentaba un frente unitario. Una gran familia podía dominar la escena política con fuerza gracias a sus numerosas alianzas, como hicieron los Escipiones, y dando por ello el propio nombre a toda la época. Pero existían siempre grupos rivales, las contiendas por los cargos traían la gloria a las divisiones o a las nuevas alianzas. Historia, leyenda y biografía fijan su objetivo en los dos Gracos. El joven Tiberio Graco era disidente y hostil a su primo Escipión Emiliano, y aliado de la facción de los *Claudii*. Nadie que quiera hacer una historia exacta de los dos tribunos puede descuidar la

²⁸ 42,4: *igitur ea victoria nobilitas ex lubidine sua usa multos mortalis ferro aut fuga exstinxit plusque in reliquom sibi timoris quam potentiae addidit. Quae res plerumque magnas civitatis pessum dedit, dum alteri alteros vincere quovis modo et victos acerbius ulcisci volunt.*

influencia que detrás de ellos ejercían ciertos *nobiles*²⁹. De los grupos de poder se puede dudar sobre algunas cosas en base a varios elementos, por ejemplo, observando cómo un cierto número de familias senatoriales van políticamente eclipsándose con el paso del tiempo³⁰.

Los Escipiones no fueron capaces de mantener su supremacía después de la desaparición de Emiliano. Fueron engañados por los Metelos, cuya influencia en los acontecimientos políticos corresponden a los tiempos de la guerra de Numidia. La curiosidad nos llevaría a preguntarnos qué rivales habría entre la *nobilitas*, y con qué partidarios podía contar Mario entre los senadores, o si fue allí para atraerlos³¹.

Varios elementos se unen en su favor. La *quaestio Mamiliana* no era la única causa ni el único síntoma de irritación. Escauro se las ingenió para hacerse elegir como censor y, a la muerte de su compañero, rechazó volver a la carga hasta que los tribunos no le amenazaron con meterlo prisión³². Además, uno de los cónsules designados para el 108, un cierto Hortensio, perdió la causa en el proceso contra él: su hijo debía entonces convertirse en un notable campeón de los *optimates*³³. Cuando, estancada la acción militar en Numidia bajo Metelo, viene el desastre de la Galia (la derrota de M. Silano a manos de los cimbrios), los adversarios del grupo dominante vieron que el pretexto era óptimo para dar salida al odio y las recriminaciones³⁴.

En esta circunstancia los Metelos, para eliminar al odioso Mario, necesitaban dos fuertes candidatos al consulado o, por lo menos, uno que le frenase. La tradición no ha transmitido el nombre de algún aliado o *partner* de Mario³⁵. Concentrando sobre este hombre toda la atención, Salustio no hace alusión alguna a un hecho importante, es decir, a la identidad precisa del

²⁹ F. Münzer, *Römische Adelsparteien und Adelsfamilien* (1920), 257 ss.

³⁰ Es una de las diversas líneas indirectas de aproximación a la historia romana, que no han sido aun exploradas.

³¹ Acerca de la importancia de este elemento, cfr. *Rom. Rev.* (1939), 86; sobre los aliados de Mario y sobre aquellos que serán sus sustentadores en el 100, ver E. Badian, *Foreign Clientelae* (1958), 200 s.

³² Plutarco, *Quaest. Rom.* 50. Los *Fasti Capitolini* honran el nombre de Emilio Escauro con estas palabras: *coact(us) abd(icavit)* (*Inscr. It.* XIII, 1, 54).

³³ Los *Fasti Capitolini* dicen (*da*)*mn(atus) est*, con alusión a (M. Aurelio) Escauro (*Inscr. It.* XIII, 1, 54). El *Cronógrafo del año 354* indica el nombre de Hortensio. Cfr. Broughton, *MRR* 1, 541 s. Se piensa generalmente que sea L. Hortensio, padre de aquellos que fueron cónsules en 69; pero podría ser también un tío suyo.

³⁴ Respecto a la referencia *M. Iunius Silanus cos.* (Livio, *Per.* LXV), su derrota se remonta al 108, no al 109.

³⁵ Ninguna conjetura sirve aquí. Sería necesario conocer algo más acerca de los afortunados pretores del 111 y 110 que volvían a su patria para asumir sus mandos provinciales. Sólo uno de ellos nos ha dejado su nombre: L. Casio Longino, cónsul con Mario en 107.

hombre que las elecciones llevaron a ser colega de Mario. Era ni más ni menos que L. Casio Longino, el cual, siendo pretor, había sido invitado en Numidia a instancias del tribuno Memmio para llevar a Yugurta a Roma. Al recordar este episodio el historiador lo elogia por su integridad³⁶. Los *Cassii*, familia de reciente renombre entre la *nobilitas* de origen plebeyo (su primer cónsul se remonta al 171), habían adquirido fama de severa e imparcial justicia con Ravilla (cónsul en 127). Pero había algo más: Ravilla, cuando era tribuno de la plebe en 137, introdujo el voto secreto, que no era beneficioso para la oligarquía y para los conservadores³⁷. Es justo recordar del mismo modo a otro Casio Longino, tribuno en 104, que fue promotor de leyes interesadas en abatir la *potentia nobilitatis*³⁸.

Salustio pone el acento en la explícita simpatía del sufragio popular a favor de Mario. Fue elegido *cupientissima plebe* (84,1). Tal como estaba organizado el cuerpo electoral, ninguno podía aspirar al consulado contra la opinión de los propietarios de tierras y de bienes. Salustio, para ser sinceros, alude a la eficacia de las cartas mandadas desde África por *equites Romani* (65,4). En esta categoría de personas se habría debido de decir alguna cosa más. Es verdad que los nobles encarnaban la *dignitas* o *superbia* de la clase gobernadora, pero ellos no podían atribuirse todos los beneficios del imperio y, menos aún, merecerse toda la indignación por la existencia de vastas propiedades de terrenos y la expropiación de los campesinos-soldados. Quizá no los nobles, sino los *boni viri et locupletes*, estaban ahora en posición ventajosa.

Cuando G. Graco transfirió las cortes de justicia del Senado a los caballeros, tuvo lugar una separación en el seno de la clase pudiente, con el resultado de fomentar conflictos de interés y determinar feroces consecuencias en la vida política. Salustio no hace mención a los jurados ecuestres. Sólo una vez la frase *equites Romani* aparece en la monografía. En el *excursus* afirma que fueron empleados por la *nobilitas* para oprimir a los Graco (41,2). Se trata de una reticencia grave, si no algo peor todavía.

*

³⁶ 32,5: *privatim praeterea fidem suam interponit, quam ille non minoris quam publicam ducebat: talis ea tempestate fama de Cassio erat.*

³⁷ *De legibus* III, 35: *secuta biennio post Cassia est de populi iudiciis a nobili homine lata, L. Cassio, sed, pace familiae dixerim, dissidente a bonis atque omnis rumusculos populari ratione aucupante.* Pero Casio no era, en realidad, un *popularis* (*Ac. Prior* II, 13).

³⁸ *Asconio* 69. Su colega Gn. Domicio Enobarbo acusó tanto a Escauro como a M. Silano (*ib.* 18; 71).

El relato de Salustio resulta, por tanto, esquemático y defectuoso. Es prácticamente obligatorio volver a examinar su concepción completa de la guerra numídica. Desde el principio parece inclinarse a pensar que fuese una guerra necesaria, que la *nobilitas* intentase desde el primer momento evitarla, y que posteriormente la condujese mal, con plena culpabilidad, a través de corrupciones interiores y desastres en los campos de batalla, al menos hasta el momento en el que la *quaestio Mamiliana* consiguiera agitar a los nobles y Metelo reintegrara el honor militar de Roma.

Se presentan varias cuestiones³⁹. Algunas son susceptibles de respuesta, pero a muchas no es posible dársela de forma definitiva. Antes de nada, ¿en qué medida Roma podía sentirse responsable de Numidia, y qué derecho tenía a intervenir en un conflicto dinástico interno? Es difícil negar que se tratara de otra cosa más que de una relación de clientelismo, fuesen cuales fuesen sus orígenes⁴⁰. El buen sentido aconsejaba evitar inmiscuirse, pero una llamada directa de un soberano no podía ser ignorada⁴¹. Por otra parte, ¿quién era el indicado de medir las consecuencias del hecho de que la República imperial decidiera que podía dejar impune el crimen de un vasallo, sin perjudicar sus propios intereses?⁴²

En segundo lugar, la oportunidad de la guerra contra Yugurta. Se ha dicho que Roma debía, en aquel tiempo, afrontar una grave coyuntura en las fronteras del norte, provocada por las migraciones de los cimbrios y de los teutones⁴³. Su presión se había hecho sentir anteriormente en la cuenca del Danubio, empujando a los escordiscos al sur, hacia Macedonia. Esta provincia tenía ya dificultades, a causa de los dárdanos y de los tracios: se registraban guerras, derrotas, triunfos por parte de los procónsules durante un decenio o más. Cuando los mismos cimbrios retrocedieron hacia el oeste, un cónsul romano atravesó los Alpes Julios, se enfrentó a los bárbaros cerca de Norcia [hoy Neumarkt, en Estiria] y sufrió una catastrófica derrota. Era el año 113. Los cimbrios en esta parte desaparecen durante algunos años. Hubo, entonces,

³⁹ Severas censuras sobre la completa concepción salustiana de la guerra de Numidia (más en relación a la situación histórica que a la política del gobierno romano) fueron hechas por G. De Sanctis *Problema di storia antica* (1932), 187 ss., K. v. Fritz, *TAPA LXXIV* (1943), ss. El historiador es defendido en diversos puntos por W. Steidle. *Historia Einzelschriften* 3 (1958), 37 ss. Ver además los comentarios de A. La Penna, *Ann. della Scuola Normale Superiore di Pisa XXIII* (1959), 63 ss.

⁴⁰ E. Badian, *o.c.* 154 ss.

⁴¹ W. Steidle ha definido justo y oportuno esta intervención (*o.c.* 40 ss.).

⁴² Roma era la única que podía decidir lo que la *amicitia* imponía. En cuanto a ciertas reglas siniestras entorno al estado de los vasallos, cfr. Tácito, *Ann.* XII, 48, 1: *paucis decus publicum curae, plures tuta disserunt: omne scelus externum cum laetitia habendum, semina etiam odiorum hacienda.*

⁴³ G. de Sanctis, *o.c.* 206; K. v. Fritz, *o.c.* 164.

un intervalo sin conflictos antes de que los romanos se dieran cuenta plenamente del peligro. Sólo después de la batalla de Arausio en 105 consiguieron evaluar la amenaza que había sobre Italia⁴⁴.

Aun sin contar con los cimbrios, graves razones desaconsejaban llevar la guerra a África. A nadie se le podía quitar el derecho de pensar que aquella podía ser una guerra breve, fácil, ventajosa. Es por eso que, también después de la caída de Cirta, cuando ambos comerciantes romanos e itálicos fueron masacrados y la irritación condujo a un *show* de fuerza, la prudencia aconsejaba justo aquellas medidas que fueron tomadas por el cónsul Bestia con la aprobación de un viejo estadista⁴⁵. El acuerdo se presentaba vulnerable a toda crítica, y el ánimo, en parte, adquiere la superioridad. La guerra continuó, pero Sp. Albino no parecía querer llevar las cosas a su extremo. El comportamiento enloquecido de su hermano frustró cualquier esperanza de ulterior acuerdo: Yugurta debía ser capturado, vivo o muerto.

Tercer problema: las acusaciones de corrupción, aceptadas gloriosamente por Salustio, o mejor dicho, aceptadas generalmente: *Romae omnia venalia*, tal como el propio Yugurta había aprendido ya desde los tiempos de Numancia⁴⁶. No era una novedad que los soberanos extranjeros fuesen generosos con los donativos que hacían a sus patrocinadores romanos. Los adversarios de la *nobilitas* exageraban sobre aquel punto. De todas formas, el escándalo yugurtino parece que fue medido de forma tolerable y previsible, complicando más los intereses que el honor del gobierno romano⁴⁷. Por otra parte, la *quaestio* fue enfatizada más de lo necesario, como admite también Salustio.

Cuarto: las fuerzas ocultas que estaban a favor de una intervención en Numidia. Se nos podría preguntar quién estaba detrás de Memmio⁴⁸. Los tribunos, en Roma, son más iniciadores de una política que agentes de grupos de poder o de intereses que estaban detrás de ellos. Se presenta la sospecha de que el comercio y las finanzas tuvieran algo que decir en este asunto. Los caballeros —se ha pensado— disfrutaban de ganancias por los contratos para los transportes y los aprovisionamientos bélicos; además acariciaban la esperanza de gozar de los recursos naturales de Numidia en el caso de que, después de la victoria, el territorio fuese reducido a provincia romana. La elección de Mario es difícil de explicarse sin el apoyo de este grupo. Es una hipótesis seductora,

⁴⁴ Todavía el peligro del norte es minimizado en exceso por Steidle *o.c.* 43 s.

⁴⁵ G. de Sanctis, *o.c.* 206; K. v. Fritz, *o.c.* 164.

⁴⁶ Este concepto es tomado de la frase *omnia Romae venalia* (20,1), para anticipar la exclamación de Yugurta: *urbem venalem et mature perituram si emptorem invenerit* (35,10).

⁴⁷ La tradición de la corrupción estaba erradicada en la historia, y no era invención de Salustio: cfr. A. La Penna, *o.c.* 63.

⁴⁸ G. de Sanctis, *o.c.* 199; 207.

pero que corre el peligro de ser sobrevalorada. El influjo que los intereses financieros podían ejercer en aquellos tiempos se escapa a nuestro control. En este caso específico, la larga y pesada guerra no produjo ningún aumento de territorio romano: Numidia no fue anexada: la parte oeste fue asignada al mauritano Bocco como recompensa, y Gauda fue instalado en la parte este. En el reparto prevaleció la tradicional política del Senado romano.

Finalmente, ¿a quién le esperaba el mérito de la victoria? La respuesta sale del relato de Salustio. Como hemos visto, Mario no hace otra cosa que seguir, en lo fundamental, la estrategia de Metelo; o mejor, la estrategia que Metelo le había impuesto. Mario superó a su predecesor, creando con su habilidad de comandante las condiciones mediante las cuales la diplomacia romana podía alcanzar su objetivo conforme a la traición⁴⁹.

El contenido de la monografía, tal como es concebido y anunciado por el autor, pertenece a una cadena de eventos que desembocan en el *bellum atque vastitas Italiae*. El relato se centra sobre dos protagonistas del conflicto: Mario y Sila. La personalidad de Mario es descrita en varios episodios, aunque no todos favorables; más aún, ahí se hace mención del siniestro presagio que finalmente acabó con Mario: *postea ambitione praeceps datus est* (63,6).

Salustio se despidió de Mario en el momento preciso en que Roma le espera como a un salvador (114,4). La monografía se interrumpe bruscamente. Melancólicos e irónicos pensamientos podían surgir en la mente del lector. Se pensaba en el destino que le esperaba al gran general de ahí en adelante: victorias sobre los invasores nórdicos, aunque eclipsadas después por una ambición llena de rencor y siete consulados terminados en guerras y estragos. Mario había salvado a la República con el único objetivo de subvertirla con intrigas y violencia. Este es el veredicto de Tito Livio⁵⁰.

En cuanto a Sila, el autor nos lo presenta, a su llegada como cuestor de Mario, trazando el retrato de su personalidad (95): *nobilis*, de familia patricia en decadencia; hombre en parte refinado y culto, inclinado a los placeres pero más aún a la ambición; amante del lujo pero, a la vez, activo y capaz; elocuente, persuasivo, agudo, rico en astucias. Antes de su primera victoria en la guerra civil —continúa Salustio— gozó, y mereció, una notable dosis de buena suerte, pero, a tenor de lo que ocurrió después, es imposible no sentir una extrema repugnancia.

⁴⁹ Consultar la demostración en Holroyd, *JRS XVIII* (1928), 1 ss.

⁵⁰ Livio, *Per. LXXX: adeo quam rem p. armatus servavit eam primo togatus omni genere fraudis, postremo armis hostiliter evertit*. Así la influencia de Livio, también Veleio II, II, I y Dión XXVI, 89, 2, el cual aumenta la dosis a propósito de su astucia y perfidia. Cicerón puede decir de Mario que era *callidissimus* (*Ad. Att. X, 8, 7*) y *perfidiosissimus* (*De natura deorum III, 80*). En cuanto a la trágica carrera de Mario, ver las significativas conclusiones de E. Badian, *Historia VI* (1957), 342 s.

El retrato que Salustio hace de Sila no debe causar sorpresa y no merece acusaciones de parcialidad⁵¹. Basta con recordar lo que Cicerón tuvo el coraje de decir contra el dictador. Livio también es explícito: Sila, afirma, trajo una gloriosa victoria pero la arruinó con una crueldad tan grande, que era impropia de un hombre⁵². Cicerón y Livio reflejaron los sentimientos más representativos de diferentes ciudades de Italia.

Añadiendo breves observaciones sobre Sila, el autor se aleja de su frecuente método de explicar lo que está tratando. Entre los historiadores que escribieron sobre Sila, el mejor y el más cuidadoso fue Sisenna, el cual, sin embargo, se mostró muy favorable a él. De todas formas, Salustio se ve forzado a trazar el retrato de Sila a estas alturas de la monografía, porque no es su intención escribir la historia: *neque enim alio loco de Sullae rebus dicturi sumus* (95, 2).

Es una afirmación explícita, y quizá también un preciado hilo conductor. ¿Cómo interpretarla? Algunos piensan que estas palabras significan que en aquellos tiempos Salustio no tuviese la intención de escribir una historia de vastas proporciones. Al contrario: él claramente expone un proyecto, en el que queda absolutamente excluida cualquier llamada a la causa de Sila. En otras palabras: de las monografías, con las cuales había aclarado lo anterior, pasaba a la narración de los acontecimientos pensando en sus contemporáneos. Pero no era capaz aún de quitarse de encima aquel obsesivo fantasma y dejarlo aparte. Cuando publicó sus *Historiae*, ya tenía poco que decir sobre la personalidad y la gesta de Sila.

⁵¹ K. Vretska, *o.c.* 129 ss.; W. Steidle, 83 ss.

⁵² Livio, *Per LXXXVIII: reciperataque re p. Pulcherrian victoriam crudelitate quanta in nullo hominum fuit inquinavit.*